

Madame de Lafayette en la prensa española
digitalizada: tres periodos
(1868, 1939, 1975)

Editado por:

Amelia Sanz Cabrerizo amsanz@ucm.es

Marina Ación Martín macien@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid



Esta publicación nace en el marco de la investigación sobre la presencia de Marie-Madeleine Piochet de la Vergne (1634-1693), más conocida como Madame de Lafayette, en la prensa española de tres periodos históricos determinados. Se trata de una compilación de todos los textos del sistema periodístico español en los que la autora aparece mencionada, y el objetivo es poner a disposición de investigadores y profesores lo que ha constituido la materia prima para el equipo investigador, y cuyo análisis será compartido en el coloquio internacional «Madame de Lafayette hors les murs - la réception internationale de l'œuvre de Madame de Lafayette, XIXe - XXIe siècles», durante los días 28 y 29 de noviembre de 2024 en la Universidad de Osnabrück.

Este trabajo, pues, comprende la presencia de Madame de Lafayette en tres periodos históricos diferenciados: la Modernidad anunciada, que abarca desde el inicio cronológico de los archivos hasta 1868; la Modernidad, que comprende desde 1868 hasta 1939; y, finalmente, la Modernidad Contestada, que abarca desde 1939 hasta 1975, coincidiendo con el régimen dictatorial en España.

Los textos aquí presentados proceden, principalmente, de la [Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional Española](#), aunque también se han incluido archivos de la [Biblioteca Virtual de Prensa Histórica](#), [Galiciana Biblioteca Dixital de Galicia](#), el [Arxiu de Revistes Catalanes Antiques](#) y [Atzoko Prentsa](#).

Si bien en el primer periodo histórico, la Modernidad anunciada, todos los medios están disponibles en acceso abierto, no es así con la Modernidad y con la Modernidad contestada. De este modo, cada texto aparece seguido de su referencia bibliográfica, en la que se ha enlazado directamente la página web correspondiente. No obstante, en el caso de la Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España, algunos textos de la Modernidad y la totalidad de la Modernidad contestada no están disponibles en acceso abierto por derechos de autor, de modo que en estos casos se ha compartido la referencia bibliográfica sin enlace y en negrita.

En cuanto a la edición del documento, se ha procurado normalizar la puntuación y se han corregido los errores ortográficos más flagrantes para facilitar su legibilidad. El equipo investigador ofrece, pues, un documento organizado cronológicamente y actualizado, que podrá servir de base para más proyectos didácticos y de investigación académica, en interés de la ciencia abierta y las humanidades digitales.

Modernidad anunciada
(hasta 1868)

Anuncio.

Colección de escritores clásicos franceses en prosa, que publica por suscripción y por volum. en 8.º A. Belin, impresor y librero de París, en la calle Mathurin St-Jacques, hôtel Cluny. La empresa del señor Belin es útilísima, porque presenta a muchas personas aplicadas la facilidad de adquirir las obras de los escritores clásicos franceses, a un precio moderado. Por esta razón ha merecido justamente los aplausos de los diaristas extranjeros y de los amantes de la literatura. Las obras comprendidas en esta colección son más completas por cuanto se han dado a luz la primera vez las de sus respectivos autores porque ha habido medios de obtener escritos suyos inéditos, que hacen más estimable de la nueva edición que todas las antiguas. Además de esto el editor ha procurado que preceda a cada una de las obras que publica una noticia de la vida y trabajos literarios de su autor. Para mayor economía de los compradores ha reducido el número de volum. de cada obra a dos terceras partes menos, y en cuanto a la ejecución, al carácter de letra, a la corrección de las pruebas y a la hermosura del papel, nada queda que desear: de manera que las ediciones del señor Belin, siendo de muy poco coste, pueden ocupar un lugar muy distinguido en las bibliotecas más esmeradas y escogidas.

El precio de las primeras ediciones de estas obras debía ser más crecido por el importe de la compra del manuscrito, que no debe ahora contarse y más en la encuadernación procura también M. Belin que encuentren sus suscriptores un ahorro de cerca de dos terceras partes.

Ya van publicados 22 volum. de esta colección, que han sido muy bien acogidos por el público, y cuando llegue ella a completarse formará cerca de 100 volum.

No es necesario suscribirse a la colección de todos los autores que abraza: basta hacerlo á cualquiera de ellos, formando cada uno ediciones distintas, y que no convienen entre sí sino por estar impresas con caracteres semejantes, y en papel de la misma fábrica.

Las obras de esta colección que van publicadas hasta ahora son las siguientes:
Montesquieu: Todas sus obras, en 2 vol, en 8.º, de 700 a 800 pag, papel fino, a 60 reales.

Fontenelle: Sus obras, en 3 vol. en 8.º, de 600 a 700 pag., papel fino, a 120 reales.

Hamilton: Un vol. en 8.º, de 700 pag., papel fino, a 32 reales.

La Rochefoucauld, La Bruyère, Vauvenargues: sus obras completas en 2 vol. en 8º, de 500 pag., papel fino, a 48 r.

Diderot: Sus obras en 6 vol. en 8º, de 700 a 800 pag., igual papel, a 216 reales.

Marmontel: Sus obras en 7 vol. en 8º, de 800 pag., papel fino a 224 reales.

Thomas: Sus obras en a vol. en 8º, de 700 pag., a 64 reales.

Esta colección comprenderá también las obras completas de los señores Duclos, Florian, Lesage, Amiot, Barthélemy, Beaumarchais, Bossuet, Bourdalou, Caylus, Cazotte, Champfort, d'Alembert, Fénelon, Fléchier, Helvétius, La Harpe, La Mothe, Mmes. La Fayette y Tencin, Marivaux, Mascaron, Massillon, Montaigne, Pascal, Péllisson, Prévost, Rabelais, Raynal, Rulhières, Rollin, Saint-Evremont, Saint-Foix, Saint-Real, Scarron, Mad. de Sévigné, Tressan, y Vertot.

Para mayor comodidad del público ha dispuesto el editor francés que se admitan suscripciones en Madrid, en la librería de Cruz y Miyar, calle del Príncipe n. 2, y en casa de D. Juan Miguel de Lance, calle del Olivo alto, n.º 5; cuarto principal. [El Censor \(Madrid. 1820\). 26/8/1820, pp. 315-317.](#)

Si se ha de dar crédito a una tradición algo sospechosa, Aben Hamín, uno de los moros españoles que la conquista de Granada había vuelto a arrojar al África, compuso un libro. Este libro fue dado por su nieto Argutaafah al sabio judío Rabbí Santo, el cual lo regaló a su vez a un conde de Baylen de la ilustre casa de los Ponce de León, y este lo hizo traducir al castellano por Ginés Pérez de Hita. Y he aquí como salió a luz la Historia de las facciones de los Zegries y Abencerrajes, caballeros moros de Granada, de las guerras civiles que hubo en esta última, y de los combates singulares que hubo en la llanura entre moros y cristianos. Sea cual fuere el origen de este libro, lo cierto es que tuvo en Europa mucha aceptación, y que fue en Francia el tipo de muchas invitaciones. La *Historia de las guerras civiles de Granada* de Mlh. de la Roche-Guilhem, las *Galanterías granadinas* de Madama de Villedieu, *Almahida* de Mlle. de Scudéry, la *Historia de la conquista de Granada* de Madama Gómez, todos han caído en olvido; pero continúan leyéndose la *Zaida* de Madama de Lafayette y el *Gonzalo de Córdoba* de Floriai. Todos estos autores han tomado su argumento y sus pinceladas de la novela de Pérez de Hita. Esta obra parece no es más que un texto hecho para encajonar un gran número de aquellos romances que circulaban en Andalucía sobre las guerras, sobre las divisiones intestinas y sobre los amores de los moros de Granada. [“Los Abencerrajes”, El Español \(Madrid. 1835\). 25/8/1836, n.º 299, p. 4.](#)

Diccionario biográfico universal de mujeres célebres, compendio de la vida de todas las mujeres (que han adquirido celebridad en las naciones antiguas y modernas), desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; dedicado a las señoras españolas por Don Vicente Díez Canseco.

Se ha publicado la segunda entrega del tomo segundo que contiene entre otros muchos artículos menos importantes, los de Eudoxia, la esposa de Arcadio; Eudoxia

(Atenais), Eudoxia Maciembolitisa, emperatrices de Oriente, y Eudoxia Licinia, emperatriz romana; la condesa de La-Fayette, célebre escritora francesa; María Adriana La-Fayette, esposa del general de este nombre, y el de Casandra Fidele, sabia italiana. [El Boletín del ejército \(Madrid\). 22/11/1844, p. 4.](#)

Madama de Lafayette decía con mucha gracia que un mal traductor es como un lacayo rudo, a quien su señora envió a hacer un cumplimiento de su parte; que cuanto más delicado sea el cumplimiento, más ridículo parecerá, en boca del correveidile. [Revista literaria de El Español. 1/2/1847, n.º 5, p. 3.](#)

Mejor madre que Regente, Ana inspira a Luis XIV esa cortesía y majestad, que ni en sus debilidades le abandonan; esa galantería —mezcla de la exaltación española y de la elegancia francesa— distintivo de su reinado brillante. Nuevas Aspacias inflaman los pintores, poetas y guerreros; y mujeres que unían a la virtud el talento, merecen ser immortalizadas por la elocuencia de Bossuet, y celebradas por Racine y Fénélon. Los salones de la marquesa de Rambouillet, y de Madames Sévigné, La Fayette, y otras muchas, son la reunión de los hombres más grandes, presidida por las mujeres más dignas de dirigir y remontar el genio. La esposa de Luis, modelo de virtud, muere en 1681; Madame de La-Vallière, da al mundo un magnífico testimonio de su arrepentimiento; y Madame de Maintenon, se eleva tanto desde el seno de la indigencia sin más influjo que el de la virtud, que durante 30 años es dueña del Monarca. Sus favoritas, particularmente la de Montespan, perjudican las costumbres; y la tumba se lleva con la amable Adelaida de Saboya, segunda mujer de Luis, las fundadas esperanzas que sus gracias angélicas y la pureza de su alma hicieron concebir de que su reinado fuese el de las buenas costumbres. [“Instrucción. La Mujer y su influencia en Francia”. Correo de la moda. Álbum de señoritas. 24/9/1859, nº 323, p. 271.](#)

Vése por esto mismo que esta especie de mérito o de defecto no debió ser muy común en tiempo de Luis XIV; pero por la urbanidad general del siglo, hubo entre las mujeres otra especie de talento muy a la moda entonces, especialmente en la corte; este era ese talento amable y que solo tiene gracias ligeras, que no hace alarde de los conocimientos, o tiene tan pocos que se le perdona su manifestación; que escribe agradablemente de bagatelas, y puede comprometerse hasta escribir algunas veces lindos versos que prestan siempre encanto a la conversación sin parecer pretenderlo; que agrada a todo el mundo, no humilla a nadie y en el momento en que es más brillante, se presenta de manera que se le disculpa, por convencerse de que no es culpa suya su brillantez. Tal fue el talento de la La Fayette, Ninon, Suze, Sablière, Sévigné, Thianges, Montespan, Duquesa de Bouillon, la bella Hortensia,

Mancini, su hermana; y últimamente madama de Maintenon, cuando, joven aún, hacía el encanto de Parla, aun antes de que habitase en la corte, y fuese condenada a la fortuna y al enojo. Entre todas ellas, madama de La Fayette y madama Sévigné fueron las que más se distinguieron. Madama La Fayette, tan conocida por sus novelas ingeniosas y llenas de dulce sensibilidad, unía una razón sólida al agrado en el carácter y el talento. Ella fue la primera que sustituyó en las novelas los sentimientos a las aventuras, y los hombres amables a los héroes, haciendo en este género lo que Racine en el suyo, y reemplazando el interés por los prodigios, probó que vale más enternecer que sorprender. [ElMundo militar \(Madrid. 1859\). 28/12/1862, p. 412.](#)

«Mientras esto escuchaba, vi otras muchas mujeres que indiqué a Ononthio, que replicó: “Las gracias mismas han arreglado los collares (4) que esa matrona envió a su hija querida; en cuanto a esas otras tres flores que a la par mecen sus tallos, una se solaza en la margen de los arroyos (3); otra se goza en adornar el seno de las princesas infortunadas (6), y la tercera ofrece sus perfumes a la amistad (7). He allí dos palmeras ilustres por su estirpe, pero que no ostentan la gracia de las tres flores, y que solo están adornadas de collares políticos (8). ¡Chactas! cuando ese talento en las mujeres.»

(4) Cartas de madama de Sevigné. (3) Madama de Deshoulières. (6) Madama de Lafayette. (7) Madama de Lambert. (8) Memorias de la señorita de Montpensier y de Madama, segunda esposa del hermano de Luis XIV. [ElEspíritu público. 6/7/1864, pp. 138-39.](#)

Era propio que lo fuese una mujer tratándose de novelas, porque las novelas pintan la sociedad y la vida doméstica, y en estas las mujeres reinan donde quiera que hay cultura. Así es que en el género novela si bien todavía el principal lugar está ocupado por el sexo así física como intelectualmente más fuerte, los segundos puestos se ven llenos de personas del sexo mas débil, compartiendo con el otro no poca gloria y aun en el más alto hay alguna ilusre autora que merece tener, y tiene asiento. Pero, volviendo a Francia y a nuestro asunto, tiempo es de hablar de las novelas de Mad. de Lafayette, cuyos títulos son: *La marquesa de Monpensier, Zaida, La Princesa de Clèves, y La Condesa de Tende*, obritas de las cuales las nombradas en segundo y tercero lugar, y especialmente esta última, conservan todavía buena parte de la fama de que gozaron. El paso, o dígase la transición de uno a otro modo de estar o ser en todo cuanto piensa, siente, dice o hace el hombre, le pone por más o menos breve plazo en una situación en la cual hay bastante del punto de que se procede, y no menos de el en que se va entrando. Así en las citadas producciones de madama de Lafayette es fuerza descubrir algo como continuación de la manera de la Sta. de Scudéry, en el estilo en general, en la

naturaleza de los pensamientos, y aun en alguna ocasión, hasta en la expresión de los afectos pero, a la par con todo ello se nota algo nuevo, más natural, más vivo, que se aproxima a la realidad, sin ser imitación grosera, y que baja el tono sin llegar a ser humilde el nuevo que toma. Si la *Astrea* inauguró la novela en Francia, *La Princesa de Clèves* inauguró la que tanto creció y se dilató en el siglo XVIII, o, cuando menos una parte muy principal de ella, porque, crecida y dilatándose, tanto pretendió, y a tanto alcanzó, que, en la apariencia sino en la realidad, procedía de más de un origen, pareciendo algunos cuentos nuevos con sus fundadas pretensiones filosóficas no continuación de cosa pasada, sino creación de un género diferente. [Antonio Alcalá-Galiano, "De la novela. Artículo II". *América: crónica hispano-americana*. Año VI, nº 13, 8/9/1862, p. 8.](#)

Modernidad
(1868 - 1939)

Escudados en el recuerdo del *Amadis de Gaula*, que llenó el mundo con su nombre, en el de *El Conde Lucanor* que inauguró los cuentos o novelas de cortas dimensiones, en el de la *Diana enamorada* que alcanzó eclipsar a su modelo, en el del *Lazarillo de Tormes* y las *Guerras civiles de Granada*, que crearon los géneros satírico e histórico, en el de *El Criticón* que hermanó la crítica a la fantasía, en el de *Las Soledades de Aurelia* que presentó el primer ejemplo de la novela religiosa, y en el del inimitado e inimitable *D. Quijote*, obras todas escritas años y aun siglos antes de que aparecieran en Francia Madama Lafayette, Fénélon y Voltaire, en Inglaterra Sidney, Ana Radcliffe y Richardson, en Escocia Walter y Hoffman en Alemania; escudados, digo, en semejantes recuerdos, debemos de acometer la empresa de abrir nuevo horizonte a la novela española, fundando una escuela digna de nuestros antepasados, basada en la libertad sin utopías y en el Cristianismo sin preocupaciones, cuyo guía sea el bien de la patria, cuyo numen el progreso, cuya tendencia echar por tierra, entre otras cosas por el estilo, esa otra escuela que, nacida en la Sodoma de Europa, en París, para probar la injusticia con que a sí propia se ha bautizado con el sobrenombre de social, se burla de Dios y la virtud, disculpa el robo y el asesinato, santifica la prostitución y el adulterio, y, como complemento de sus teorías, poetiza y ensalza el suicidio. [Abdón de Paz. “Seamos españoles”. *Revista de España*. Madrid, septiembre de 1868. nº 10, pp. 113-114.](#)

The Happy Land—Life and Correspondence of Sir George Pollock, G.C.B.—The Frontal Attack of Infantry (English Translation), by Capt. Layman—*Words and Works in a London Parish*, Edited by the Rev. C. Anderson—*Les Deux Frères*, E. Chatrian—*Animals and their Masters*, Sir A. Helps—*Squire Silchester’s Whim*, Mortimer Collins—*British Birds*, Morris—*Jest and Earnest*, G. W. Dasent—*Narrative of the loss of H.M.S. «Captain» James May*—*History of Federal Government*, E. A. Freeman—*Stein and his reforms in Prussia*—*Lives of Madame de Lafayette and the Duchess D’Ayen*—*Elementary Military Geography*, Lieut. Vincent—*Dhow Chasing in Zanzibar Waters*, Capt. Sullivan—*School and the Army in Germany and France*, Major-General Hazen—*Essay on the Rise and Progress of the Christian Religion*, Earl Russell—*History of Ancient Manuscripts, a lecture*, W. Forsyth—*On the Various Contrivances by which Orchids are fertilised*, Charles Darwin—*On the Movements and Habits of Climbing Plants*, Charles Darwin—*Memoirs of a Brother*, Thomas Hughes—*History Of the French Revolution*, Von Sybel. [“Books received at the Garrison Library per steam packet ‘Peshawur’”. *Gibraltar chronicle and commercial intelligenet*. 6/5/1873, p. 4.](#)

Que para votar, dice [Alexandre Dumas], no se necesita haber inventado la pólvora, lo prueban los siete millones de electores que existen en la actualidad en Francia. ¿No sería bien raro, añade, que si hoy viviesen no tuviesen voto Madame de Chantal, Madame de

Lafayette, Madame de Maintenon, Madame Dacier, Madame Guyon, Madame Longueville, Madame de Châtelet, Madame Staël, Madame de Sévigné, Madame Rolland y Madame Sand, y que lo tuviesen en cambio su jardinero y sus criados? [M. de Cárcer, “Carta de París”. *El Imparcial*. 28/9/1880, p. 2.](#)

Esta triste perversión intelectual puede atribuirse, principalmente, a la influencia de cierto grupo de escritores, cuyo rango, inteligencia y nombradía les autorizaba, en cierto modo, para considerarse como árbitros del gusto y de la moda. Tan escogida asamblea se componía del hipocondriaco Rochefoucault, del *bel sprit* Voiture, Balzac, cuyas cartas ofrecen el primer ejemplo de poesía en la prosa francesa, el alegre y licencioso Bussy, Rabutin, Chapelain, quien, como ha dicho un observador, tendría aún nombradía, a no haber sido por su *Pucelle*; el poeta Benserade. Ménage, Madama Lafayette, Mademoiselle Scudéry, la de las interminables novelas, delicia de su edad y desesperación de las otras, y aun la elegante Sévigné. Se reunían principalmente en el hotel de *Rambouillet*, residencia de la marquesa del mismo nombre, y que a esta circunstancia debe tan desgraciada celebridad en la historia de las letras. [William H. Prescott, “Molière”. *Revista de Cuba*. 1881, nº 10, p. 82.](#)

Y de repente, desde las primeras páginas de esta correspondencia nos encontramos en un mundo de todo en todo distinto del de la Fronda y de la Regencia. Reconocemos cómo lo que denominan la sociedad francesa se ha constituido. Sin duda (y, aun a falta de las numerosas memorias de aquel tiempo, las anécdotas narradas por la misma Mad. de Sévigné serían testimonios fehacientes), sin duda desórdenes horribles, groseras orgías se transmitían aún entre aquella juventud aristocrática, a la que había impuesto Luis XIV, como precio de su favor, la dignidad, la cortesía y la elegancia; indudablemente bajo aquella superficie brillante y aquellos aparatosos dorados existían vicios más que suficientes para tornar a desbordarse en otra regencia, sobre todo cuando la hipocresía de un fin de reinado los hubiese hecho fermentar. Pero, a lo menos, las apariencias se cubren; la sociedad comienza a rechazar lo que es innoble y crapuloso. Además de esto, a medida que la brutalidad y el desorden van perdiendo en sus escándalos, el decoro y la agudeza de ingenio van ganando en su sencillez. El calificativo de Preciosas, ha caído en desuso; todavía recuerdan algunas sonriéndose que lo han sido; pero ya ninguna lo es. Ya no se diserta, como en otro tiempo, remontándose a regiones inaccesibles, acerca del soneto de Job o de Urania; pero se charla; se charla sobre noticias de la corte, o recuerdos del sitio de París, o de la guerra de Cayenne; el cardenal de Retz narra sus viajes; el señor de la Rochefoucauld moraliza; la señora de La Fayette lanza reflexiones del corazón, y la señora de Sévigné interrumpe a todos para recordar

una palabra de su hija o una travesura de su hijo, alguna distracción del buen d'Hacqueville o del señor de Brancas. [C. A. de Sainte-Beuve, “Madame de Sevigné”. *La España moderna*. Julio de 1890, p. 43.](#)

En el paraninfo de la Universidad Central se celebró el domingo la inauguración del curso escolar de la Academia Científoliteraria. Presidió el acto el señor Vincenti, director de Instrucción, que tenía á su izquierda al rector de la Universidad. [...]

El Sr. Vincenti, en un elocuente discurso, manifestó que dicha Academia sería base de futuras asociaciones de esta índole, convenientes al estudiante, excitándoles á que celebren un banquete anual como los de París. [...]

Y terminó en un período brillante consagrando frases a la mujer, que, a su juicio, es la que debe animar al hombre, en el seno del hogar doméstico, recordando con este motivo a Agripina, a Madame Lafayette y a doña Urraca, mujeres célebres por su amor a los seres por ellas más queridos. [“Academia Científoliteraria”. *El Liberal*. 28/11/1893, p. 3.](#)

Y [el Sr. Vicenti] terminó en un periodo brillante, consagrando frases a la mujer, que, a su juicio, es la que debe animar al hombre en el seno del hogar doméstico, recordando con este motivo a Agripina, a Madame Lafayette y a Doña Urraca, mujeres célebres por su amor a los seres por ellas más queridos. [“Noticias generales”. *Gaceta de instrucción pública*. Madrid, 5/12/1893, p. 6.¹](#)

Las mujeres Lafayette han sido dignas de este apellido, que hicieron ilustre en Francia diplomáticos, generales y políticos. ¡Mademoiselle de Lafayette! ¡Madame de Lafayette! He aquí dos encantadoras figuras del siglo XVII. [...]

Madame de Lafayette vive todavía; está en sus obras. A ellas debe la inmortalidad. [Concepción Gimeno de Flaquer, “Las dos Lafayette”. *El Álbum ibero americano*. 30/1/1895, nº 4, p. 8.²](#)

Algunos años sobrevivió a Mlle. Lafayette la distinguida literata Magdalena Pioche de La Vergne, esposa del conde de Lafayette, hermano de la virtuosa Luisa.

La condesa de Lafayette con Madame de Maintenon y Madame Sévigné, forma la gala literaria de ese brillante siglo que vio nacer á Molière y Racine. Boileau creía que la condesa de Lafayette era *la femme de France qui avait le plus de esprit et qui écrivait le mieux*.

¹ Cubre la misma noticia que *El Liberal* del 28 de noviembre del mismo año.

² Comienza una sección publicada en dos números seguidos, primero sobre Mademoiselle Louise de Lafayette y después sobre Madame de Lafayette.

Su padre, hombre de talento, dióla por preceptores a los eruditos Ménage y Rapin, que le enseñaron literatura francesa e italiana y que la hicieron conocer el latín.

Madame de Sévigné atribuía á la condesa de Lafayette una *divine raison*; que realmente no le faltó jamás: el entendimiento de Madame de Sevigné era tan brillante como sólido el de la condesa de Lafayette. Las dos amigas inseparables que tanto brillaron en la corte de Luis XIV demostraron que pueden mirarse frente a frente dos celebridades femeninas sin que sus ojos fulguren rayos destructores.

El alma de Madame de Lafayette estaba templada para los afectos suaves y tranquilos; de ahí los estrechos lazos entre ella y La Rochefoucauld. El trato de la escritora moderó algún tanto el pesimismo del austero moralista, autor de las *Máximas*. Por eso decía ella con más ternura que jactancia: *La Rochefoucauld m'a donné de l'esprit mais j'ai reformé son coeur*. El excéptico Rochefoucauld afirmaba, antes de conocer a Madame de Lafayette, que no había encontrado el amor más que en las novelas; es seguro que después de conocerla rectificó. Tratando antes a Madame de Lafayette, no hubiera lanzado a los vientos de la publicidad, como aforismo infalible, la siguiente frase: *L'esprit de la plupart des femmes sert plus à fortifier leur folie que leur raison*. Amor o amistad, el lazo que unió a estos dos seres superiores fué un lazo encantador que prestó inspiración a los dos, como sucedió con la marquesa de Châtelet y Voltaire. En el periodo álgido de este afecto escribieron juntos *La Princesse de Clèves*, para cuya obra dio La Rochefoucauld el contingente de su experiencia, de su profundo conocimiento del mundo, y a la cual prestó la elegante escritora las poéticas bellezas soñadas por su fantasía, su buen gusto, su elegante estilo y su delicado sentimentalismo.

El prisma a través del cual juzgaba los hombres y los hechos el caballero de la Fronda, cambióló con su amistad Madame de Lafayette.

Dos nombres ilustres aparecen indeleblemente grabados en el corazón de la atildada escritora: el de La Rochefoucauld y el de Enriqueta de Inglaterra. Esta princesa la distinguió extraordinariamente, haciéndola su favorita. Había conocido en el convento Chaillot, al visitar a Luisa de Lafayette; cuando la joven princesa salió de este retiro para casarse con el duque de Orléans, hermano de Luis XIV, continuó tratando a su amiga con la misma familiaridad.

Madame de Lafayette ha escrito un magnífico libro titulado: *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, en el cual presenta a esta bella princesa adornada de los mayores encantos en páginas muy brillantes. Respecto del envenenamiento de la princesa que algunos atribuyen a su marido, Felipe de Orleans, no hace la más leve mención, y más bien se

desprende de su relato que la princesa tuvo muerte natural. Enriqueta de Inglaterra murió en los brazos de su apasionada amiga.

Pudo escribir estas las más auténticas memorias, porque la princesa le revelaba todos los secretos de la corte.

Madame de Lafayette reformó la novela; dióle un carácter real que no tenía, conciliando el idealismo con la verdad de la vida práctica. Su estilo conciso posee elegancia y vigor; sus cartas a Madame de Sévigné constan de cuatro o seis líneas cada una; tenía tanto horror al estilo epistolar que llegó a decir, hablando de las cartas de los amantes, que si alguno la hubiera exigido que le escribiera todos los días extensas cartas, le hubiera abandonado. Sus principales obras son: *Histoire de Madame Henriette d'Angleterre*, *Zaide*, *La Princesse de Montpensier*, *La Princesse de Clèves* y *Mémoires de la Cour de France*.

La condesa de Lafayette ha tenido entre sus apologistas a Madame de Sévigné, Segrais y Lafontaine. [Concepción Gimeno de Flaquer, "La dos Lafayette". *El Álbum ibero americano*. 7/2/1895, nº 5, p. 9.](#)

Madame de Saint-Simon me dijo al levantarse de la mesa:

—No sé por qué me parece que asisto a una novela en acción de Mme. de la Fayette, y que veo andar a la princesa de Clèves.

— Señora, dijo Mr. de Lauzun, que se hallaba presente; no volvamos las hojas con demarcada precipitación, y aguardemos el desenlace. ["La Duquesa de Lauzun. Novela por entregas". *El Correo gallego: diario político de la mañana*. 7/6/1869, nº 6173, p. 1.](#)

Entonces se produjo un hecho literario, igual en importancia histórica al advenimiento del naturalismo: la aparición, o más bien, el nacimiento de la novela psicológica de Pablo Bourget, que vino a satisfacer las necesidades intelectuales de numeroso público, hartos ya de pinturas y lirismos naturalistas. Bourget mismo reconoce que no hace más que reanudar el hilo tradicional, citando entre sus ramos genealógicos a la señora Lafayette, al abate Prévost, y a Léclos, Constant y Promentin, a cuya lista conviene añadir los nombres de Stendhal, Balzac, Feydeau, Chateaubriand y Sainte-Beuve. [Fernando Araújo, "Literatura: La novela francesa en el siglo XIX". *La España moderna*. Julio de 1900, p. 168.](#)

En Suiza y Francia, la enseñanza de la mujer es atendida con ahínco. ¡Qué lejos están ya en esta última de aquellos tiempos, en que si bien había una madama *Sévigné* y una madama *Grignan*, una madama Lafayette y una madama Dacier, había también una *esposa de Racine*, que no conocía las tragedias de su esposo, ni las quiso ver representar. [Violeta. "Cultura femenina". *El País*, 19/10/1906, p. 3.](#)

Si al recordar la historia literaria del siglo XVII vemos que los primeros novelistas fueron mujeres, y que los nombres de la señora de la Fayette y de la señorita Scudéry son los que gozaron de mayor fama literaria en aquella época, en igual caso se encontrará el de la señora Marcelle Tinayre cuando en lo futuro se estudie la literatura de nuestros días, pues la celebridad de que hoy goza es indiscutible. **Evangelina, “La legión de honor de Marcelle Tinayre”.** *Blanco y negro*, 15/2/1908, p. 20.

La señora de Lafayette hablaba con la reina, cuando una de las damas de honor, para jugarla una mala partida, se deslizó bajo el sillón en que estaba sentado Lafayette, y estrujó allí una naranja, cuyo jugo se corrió. Al ver una mancha húmeda, la reina llamó la atención a la señora de Lafayette, que, muy confusa se defendió, asegurando que no había sido ella. [Fernando Araújo, “Los Pleiteantes de Racine y las farsas”. *La España moderna*, diciembre de 1910, p. 203.](#)³

El caldo de víboras representa gran papel en la terapéutica usual. La señora de Lafayette solo consigue recobrar sus fuerzas con ayuda de ese brebaje. [Fernando Araújo, “Medicina: Cómo se cuidaban en otro tiempo”. *La España moderna*, agosto de 1911, p. 164.](#)

No odiéis, no, a López de Haro; el es de los robustos poetas de ogaño, de los humanos psicólogos, de los hombres equilibrados e hidalgos que hacen suyo el donoso apotegma de aquel duque mundano que hizo máximas en Francia, en los salones de madama de Sablé y de madama de Lafayette. He aquí el apotegma: «De todas las pasiones vehementes, la del amor es la que menos mal sienta a la mujer.» [Ramón Fernández Mato, “Confidencias de un lector: Poseída”. *Gaceta de Galicia: Diario de Santiago. Decano de la prensa de Compostela*, 22/12/1911, n° 304, p. 1.](#)

Dos opiniones sobre el derecho al voto de las mujeres: una, de un hombre ilustre, ya muerto; otra, de un ailustre mujer que, afortunadamente, vive todavía.

Dice Alejandro Dumas (hijo) en *Las mujeres que matan y las mujeres que votan*:

«—¿Qué inconveniente encontraría usted en que Madame de Sévigné votase, lo miso que votaría hoy su jardinero?

—Madame de Sévigné es una excepción, y no se van a modificar las costumbres, las ideas y las leyes de todo un país por una excepción.

—¿Y su abuela, Madame de Chantal? ¿Y Madame de la Fayette? ¿Y Madame de Maintenon? ¿Y Madame Dacier? ¿Y Madame Guyon? ¿Y Madame de Longueville? ¿Y

³ Anécdota de una broma a propósito de Racine.

Madame du Châtelet? ¿Y Madame du Deffand? ¿Y Madame de Staël? ¿Y Madame Rolland?
¿Y Madame Sand?

—Todas son excepciones.

—Un sexo que produce tales excepciones ha conquistado harto el derecho de dar su opinión sobre el nombramiento de los alcaldes, de los concejales y hasta de los diputados. Pero las excepciones no acaban ahí. ¿Y Ana de Beaujeu, y la buena Reina Ana, y Blanca de Castilla, e Isabel de Hungría, e Isabel de Inglaterra, y Catalina la Grande y María Teresa?

—Esas eran reinas.

—Lo cual no cambia su sexo; y si han reinado como lo han hecho, han demostrado que podían reinar por la inteligencia y la energía lo mismo que los hombres. Nunca me harán creer que mujeres que pueden ser reinas como esas, a pesar de su sexo, no puedan ser electoras por causa de su sexo.» **Gregorio Martínez Sierra, “Dos opiniones sobre el derecho al voto de las mujeres: una, de un hombre ilustre, ya muerto; otra, de una ilustre mujer que, afortunadamente, vive todavía”. *Blanco y negro*, 26/9/1915, p. 18.**

Presentado por el Sr. [Gregorio] Martínez Sierra [...].

En cambio, España ha permanecido constantemente en relación literaria con el país vecino. La obra maestra de Corneille, *El Cid*, origen de toda la literatura clásica, tiene un asunto español; las novelas de la señorita de Scudéry y de Madame de Lafayette, y las obras de Beaumarchais, de Le Sage, de Scarron y de tantos otros, tienen también mucho de españolas. [“M. Martineche en el Ateneo. Relaciones entre las literaturas española y francesa”](#). [La Época](#), 5/5/1917, nº 23, p. 4.

Y desde Madame d'Aulnoy hasta el autor del *L'Espagne en auto* u otro cualquiera de los innumerables turistas inteligentes que acá se vienen, todo ojos, cuántas Españas tenemos, unas a todo color, otras a la manera de Hugo, de Mérimée o de Pierre Louys, otras grises y pensativas como la de René Bazin, sin contar con las incursiones imaginarias a este país de predilección para novelistas y dramaturgos, a ejemplo de Madama de Lafayette y del gran Corneille, padre y señor. [Gonzalo Zaldumbide, “La España de un hispanista”. *Cervantes*, junio de 1918, p. 122.](#)

La princesa de Clèves, por Madame de la Fayette. Editorial Cervantes. Valencia, 1918.

Correctamente traducida por Vicente Clavell, constituye esta obra célebre un libro más de la «Serie Apasionata» que publica esta Editorial, y de la cual nos hemos ocupado ya en otra ocasión. Es acertada, en efecto, la elección de esta obra, cuyo máximo valor estriba en ser un reflejo de la galantería, casi decadente, que tuvo a Versalles por teatro de

operaciones y que tan bien acertó a describir Madame de la Fayette, que sin duda pudo hacerlo sin otro trabajo que el de evocación.

«La corte de Enrique II—dice el traductor en su breve prólogo—no era otra, según expone Madame Lucía de Felix-Faure en el prólogo que ha puesto a una de las últimas ediciones francesas de esta hermosa novela que hoy ofrecemos al público hispanoamericano, que la corte de Ana de Austria y Luis XIV, que tanta brillantez irradiaba y que tan directamente conocía María Magdalena Pioche, condesa de la Fayette.»

Por otra parte, la historia de la princesa de Clèves, modelo de austeridad y de delicadas virtudes, presentada dentro de aquel marco de galantería desordenada, tiene el mágico encanto de una flor exótica. [Salvador Canals y Álvarez, “Revista bibliográfica”. *Nuestro tiempo*, febrero de 1919, n° 242, p. 119.](#)

El miércoles, 10, A la misma hora [7], conferencia de Mme. Sarrailh sobre «Las cartas de Madame de Sévigné a Madame de Lafayette, Bussy-Rabutin y Madame de Grignan».

El evento tuvo lugar en el Instituto Francés. [“Academias, ateneos y sociedades”. *La Época*, 8/11/1920, n° 25.128, p. 3.](#)

Esto escurrirse de entre las manos críticas, o curarse en salud, diríase en Cajal, médico, una paradoja suntuaria. Algo por el estilo intentó hacer La Rochefoucauld, presintiendo la polvareda que habían de levantar las *Máximas*, sobre todo entre sus amigas madama de Longueville y madama de Lafayette, a cuál más ingeniosa y más creyente. [Cristóbal de Castro, “De la vida que pasa. Las confesiones de Cajal”. *La Esfera*, 15/1/1921, pp. 6-7.](#)

Un profesor francés, Marcel Braunschvig, acaba de publicar el segundo volumen de una obra interesante; el primero ha salido de las prensas hace un año. Se titula la obra del profesor francés —editada por la casa Colin— *Nuestra literatura estudiada en los textos*. En Francia abundan los manuales de historia literaria los dos más apreciables están redactados por extranjeros. En Francia se estudia la literatura clásica; se la estudia fervorosamente, amorosamente; pero sin supersticiones ni fetichismos. En España no se pueden hacer salvedades ni reservas tratándose de un eminente autor clásico. Con los procedimientos franceses —imparcialidad, independencia— se va hacia la formación de un espíritu tradicional y al propio tiempo, moderno. Con los procedimientos españoles —adoración ciega, intangibilidad del clásico— se va hacia la reproducción artificiosa y grotesca de cualquier poeta o novelista del siglo XVII. En Francia, un novelista para las clases conservadoras (un Bordeaux, un Boysleve, etc.) no pretende escribir, por ejemplo, como la

señora La Fayette, la autora de *La princesa de Clèves*. Tienen los tales noveladores un espíritu tradicionalista; pero escriben en un lenguaje limpio y claro. En España, el ideal de un novelista conservador sería escribir, palabra por palabra, tilde por tilde, como Cervantes, o Mateo Alemán o Salas Barbadillo. **Azorín, “La enseñanza de la literatura”, 31/7/1921, p. 3.**

Me parece que es preciso ascender hasta el siglo XVII, hasta Madame de La Fayette, la autora de *La Princesse de Clèves*, para dar, en la literatura francesa, con un gran novelista de la alta sociedad conocedor de la alta sociedad, como Proust. [Corpus Barga, “Reflejos de París. El entierro de Proust”. *El Sol*, 28/11/1922, n° 1655, p. 1.](#)

La huerta de Valencia se vio honrada con una bien lucida representación. Era esta la que ostentaron Cristina Gordon y Carmen Campo Giro; de apache, la señorita de Mendoza Cortina, que estaba muy bella; la marquesa de Torralva de Calatrava era una dama de la Corte de Luis XI, digna de haber sido citada por Madame de La Fayette en sus memorias [...]. **“De sociedad. Ecos diversos”. *ABC*, 13/2/1923, p. 9.**

A França, quan arribem a un segle saturat d'humanisme i de delicadeses i vicis de tota mena, agafa un relleu importantíssim el paper literari de la dona. I no són solament «desprecioses ridícules», perquè les «precioses ridícules» són el llautó de la comfria. No es per vanitat ni per moda que es produeix un moviment literari femení, és que l'esperit de l'època s'ho porta fatalment. Hi ha obres admirables, que a mes a mes d'admirables, nomes poden ésser escrites per una dona, i per una dona essencialment femenina; recordeu, per exemple, *La Princesse de Clèves*, de Madame de Lafayette, la gran amiga de Madame Sévigné. [Josep Maria de Sagarra, “Poesía femenina”. *La Publicitat*, 22/6/1924, n° 16751, p. 1.](#)

En aquel seductor Olimpo, junto a los dioses de casaca y peluca, las Musas y las Gracias, de pomposos descotes, eran jóvenes y románticas, como madama de Lafayette; maduras y juiciosas, como madama de Sévigné; suntuarias, como la mariscalda de Castelnaud; austeras, como condesa de Tarbes. Cristóbal de **Castro, “Ninón de Lenclos o la Moral Galante”. *Blanco y negro*, 22/3/1925, p. 109.**

Acaban de publicarse los números 950 a 990 de la «Colección Universal».

Siguiendo las normas de esta Colección, se han escogido para su publicación obras de primer orden, consagradas como clásicas en cada uno de los tres idiomas correspondientes.

Los nombres de Cristo, la obra maestra de fray Luis de León, maravilla de estilo y de doctrina, es quizá el libro mejor escrito de la lengua castellana...

A su lado figura *El príncipe*, de Maquiavelo, esmeradamente vertida al castellano y por primera vez puesta al alcance de los lectores españoles, que saborearán este clásico de la política universal.

Con el *Fulanito*, de Daudet, y *Orgullo y prejuicio*, de J. Austen, se ofrecen a los lectores dos de las mejores novelas del siglo XIX.

La Señorita de Marsán, de Nodier, el gran romántico, presenta un admirable ejemplar del tipo de la novela romántica, cuyo aroma inalterable sigue embriagándonos.

Dos libros curiosos y de interés extraordinario son la *Historia cómica o viaje a la luna* y la *Historia cómica de los estados e imperios del sol*, de Cyrano de Bergerac, el gran escritor, poeta, matemático y espadachín francés, del que hizo su admirable diama Edmundo Rostand.

Con los *Cuadros de viaje* (tomos V y VI), de Heine, prosigue y se acerca a su fin la admirable serie de impresiones finas, graciosas, amenísimas, no sin su sal filosófica, del mejor ingenio alemán del pasado siglo.

De Shakespeare, el mayor dramático del Mundo, aparecen dos formidables obras, *La comedia de las equivocaciones* y *Trabajos de amor perdidos*.

Por último, la novela de la señora de Lafayette *La princesa de Clèves*, que inauguró el género novelesco en la literatura francesa, y la magnífica novela rusa de Gucharov, titulada *Obiornov*, ofrecen a los amigos de la lectura dos exquisitas emociones, la una de delicadeza y la otra de sobria potencia y dramático interés. [“Colección Universal”. *La Libertad*, 24/4/1925, p. 8.](#)

La carroza se detiene, y la marquesa [de Sévigné], que ha pasado la jornada en Versalles y viene de cenar con Madame Lafayette, salta a tierra ágilmente [...]. **Matilde Muñoz, “Madame la marquesa”. *Blanco y negro*, 7/2/1926, p. 21.**

Madama de Lafayette, la íntima amiga de la marquesa de Sévigné, en el retrato firmado con el seudónimo galante de «Un inconnu», que han popularizado las ediciones de las «Caras», la describe a los treinta y siete años no solo como una belleza, sino como una belleza psicológica que se animaba y adquiriría mayor seducción con el ejercicio del ingenio. [E. Gómez de Baquero, “La marquesa de las cartas”. *El Sol*, 16/1/1926, p. 5.](#)

En ninguna otra literatura occidental la mujer figura tanto ni con tanta eficacia.

Cuando se coge, por ejemplo, la primera gran novela francesa moderna, *La Princesse de Clèves*, de Madame De Lafayette (1678), asombra contemplar la capacidad y la calidad del

análisis amoroso en una obra que sólo iniciaba un género. En muchas otras literaturas europeas no se ha conseguido todavía, en 1926, un refinamiento intelectual y sentimental comparable al que revela aquella obrita de una mujer francesa del siglo XVII. Y es que en el siglo XVII la vida de sociedad había ya alcanzado en Francia un desarrollo y una sensibilidad que no han logrado aún, ni probablemente lo alcanzarán nunca, otros pueblos europeos. Desde Madame de Lafayette hasta Marcel Proust, la vivisección del alma humana, en el terreno erótico, ha continuado en Francia sus incesantes estudios. [Gaziel, “Pláticas literarias: musas y hadas”. *El Sol*, 2/4/1926, p. 1.](#)

Sería también sobre este lecho donde, antes de extinguirse a los setenta años, en sus postreros momentos, pasarían una vez más por la memoria aún lúcida de la nobilísima marquesa [de Sévigné] todos aquellos y todas aquellas de quienes dejó, en sus cartas admirables, tan vívidos retratos. Enamorados, y quizás amantes, como Fouquet y el príncipe de Conti; amigos devotos como su primo Bussy-Rabutin y Turenne; amistades como la de Madame de la Fayette y los señores de Pomponne, Coulanges, La Rochefoucauld. [Mauricio Juillet, “El lecho de la más exquisita de las almas del siglo de Luis XV”. *Caras y caretas*, 10/7/1926, nº 1449, p. 128.](#)

Cuenta Madame de Lafayette que Madame Enriqueta disfrutaba en Fontainebleau, durante el verano, de todas las diversiones de la corte. [“La mujer en la historia: Luisa de la Vallière”. *Revista de oro*, enero de 1927, nº 29, p. 31.](#)

Las *Memorias [de la Reina Hortensia]*, testimoniadas por el documento, ennoblecidas de serenidad, sazonadas por ese estilo ingenioso, patrimonio de las damas francesas, y que tan airosamente recuerda a madama de Lafayette y a la marquesa de Sévigné, nos presenta a la verdadera Hortensia, ni ángel ni demonio, en aquella plenitud humana, que encierra la prudente fórmula, *In medio est virtus*, Hortensia tiene una niñez pobre y triste. **Cristóbal de Castro, “La Reina Hortensia o el Método”. *Blanco y negro*, 27/2/1927, p. 85.**

Sería también sobre este lecho donde, antes de extinguirse a los setenta años, en sus postreros momentos, pasarían una vez más por la memoria aún lúcida de la nobilísima marquesa [de Sévigné] todos aquellos y todas aquellas de quienes dejó, en sus cartas admirables, tan vívidos retratos. Enamorados, y quizás amantes, como Fouquet y el príncipe de Conti; amigos devotos como su primo Bussy-Rabutin y Turenne; amistades como la de Madame de la Fayette y los señores de Pomponne, Coulanges, La Rochefoucauld. [“El lecho](#)

[de la más exquisita de las almas femeninas del siglo de Luis XV". *Nuevo diario de información general*, 28/7/1927, p. 4.](#)⁴

Amiga dilecta del gran La Rochefoucauld, se preció de haberle otorgado su espíritu a la vez que modificó el corazón del maestro de los fragmentarios.

La autora de *La princesa de Clèves* se vio precisada a ocultar su nombre en las ediciones de sus libros, porque en aquella época no se toleraba ni concebía que una mujer pudiera escribir novelas.

María Magdalena Pioche de la Vergne, condesa de Lafayette, nació en 1632, hija de Aymar de la Vergne, mariscal de campo y gobernador del Havre, y de María Pena, de una antigua familia provenzal.

Es preciso creer que este excelente gobernador era un hombre particularmente culto, puesto que supo ver en su hija, desde la más tierna edad, las preciosas disposiciones que poseía, haciéndole dar la instrucción más esmerada que se conocía en la época. Él mismo se encargó de su formación intelectual, y madama de Lafayette, a quien se reprochará más tarde su corazón un poco seco, no pudo dejar de recordar sin emoción los paseos que hacía con su padre por la campaña del Havre, en el curso de los cuales aquel hombre distinguido e instruido no desperdiciaba la ocasión de aclarar su juvenil inteligencia sobre todo cuanto veían alrededor de ellos.

Mas el mariscal no se conformó con la educación que él mismo daba a su hija: quiso que tuviera otros maestros y de los mejores. Scarron aseguraba que, además de su instrucción, la pequeña María de la Vergne era hermosa, seductora y tan cauta que se cuidaba bien de ocultar su conocimiento del latín y de las bellas letras para no humillar a las damas de su relación. Era demasiado práctica para contentarse con ser pedante. Lo que sí ambicionaba era realizar una buena boda. Pero los años transcurrían y el príncipe soñado no aparecía por ninguna parte. Fue entonces cuando unos amigos llevaron a María de la Vergne un pretendiente, a la vez rico y de noble cuna: Juan Francisco Motier, conde de Lafayette, perteneciente a una de las más antiguas familias de la Auvernia. Poseía importantes propiedades, era oficial del ejército real; mas, en cambio, si se da crédito a la maledicencia de la época, estaba bastante desprovisto de ingenio.

Malgrado tal laguna espiritual, la práctica María consintió en concederle su mano el 15 de febrero de 1655.

⁴ Copia del artículo de Mauricio Juillet en *Caras y caretas* el mismo año.

A partir de aquel día, el atrevido conde de Lafayette, al cual su matrimonio había arrancado de la obscuridad, convirtiéndose en un mero fantoche, en la sombra de su ilustre esposa, que, años después, al cabo de haber asegurado su descendencia con dos hijos, decidió, como reina de abejas que era, desembarazarse del inútil de su esposo, aunque procediendo en tal liquidación con la honestidad y habilidad que ponía siempre en todos sus actos. Le envió a la campaña, con el pretexto de que aquello era lo que más convenía a sus inclinaciones, y ella permaneció en París, donde comenzó a llevar una existencia tal que no pocas personas la creyeron viuda. Vivía sola en su hotel de la calle de Vaugirard, y allí derrochaba su ingenio, en el verano, entre las frondas del espléndido parque, y en el invierno, en su famoso dormitorio, que era la admiración de madama de Sévigné, y en medio del cual se levantaba el dorado lecho cual un verdadero trono.

Madama de Lafayette comprendió que debía ser presentada a la Corte. Era indispensable para establecer la situación que anhelaba, pero era, por otra parte, lo suficientemente inteligente para percatarse de que su hermosura era insuficiente para brillar a la vera de una reina joven y hermosa. Resolvió, pues, conquistar la plaza empleando otros medios. Y abrió las puertas de su salón.

Su amistad con la marquesa de Rambouillet le enseñó la importancia que en el gran mundo puede adquirir una ama de casa hábil e inteligente. Entonces la «divina» estaba en plena decadencia y la condesa de Lafayette decidió sustituirla y aventajarla.

Es así como la vemos consagrar su vida entera a tal objeto, escribiendo esquelas tras esquelas a fin de atraer a unos y seducir a otros de los que para sus propósitos podían convenir.

¿Sus hijos? Poco se cuidaba de ellos en los primeros tiempos. Luego sí; cuando, entraron en edad de darle más fama y vinculación, preocupóse de colocarlos bien, consiguiéndoles un puesto en el ejército.

Siempre en procura de brillantes relaciones, fué a ver un día, en el convento de la Visitación de Chaillot, a la hermana de su marido, la madre Angélica, que era superiora. Esta hermana Angélica era, por otra parte, una mujer superior. Interpretó al punto las aspiraciones de su cuñada y la hizo conocer a la joven Enriqueta de Inglaterra, quien, tras atravesar los dolorosos días de la Fronda, habíase refugiado en el convento. Enriqueta era hija y nieta de reyes. Se hablaba de casarla con Luis XIV. Es de imaginar la importancia que la ambiciosa madama de Lafayette concedería a aquel conocimiento, tanto más cuanto que Enriqueta de Inglaterra se casó, al poco tiempo, con el hermano del rey y, convertida en duquesa de Orléans, fue, en realidad, la verdadera reina de Francia.

Desde aquel momento, madama de Lafayette comenzó a saborear su triunfo. Siguiendo la huella de su ilustre amiga, ocupó en la corte el lugar eminente que tanto anhelaba desde su juventud, empeñándose en escribir la vida novelesca que cada día le narraba Enriqueta y cuya publicación esta no vaciló en autorizar. Su *Vie de Madame* fue su mejor libro, el más documentado, el más real, el más vívido.

Madama de Lafayette se constituyó en la favorita de Enriqueta; pero, mujer delicada, jamás se aprovechó de su ascendiente sobre la duquesa, llegando al extremo de no solicitarle el más mínimo de sus favores. Existe, empero, la posibilidad de que madama de Lafayette se reservara para una mejor oportunidad; pero, como un rayo, llególe, el 10 de junio de 1670, la más tremenda de las noticias: súbitamente Enriqueta, la dulce y amada, acababa de fallecer. El dolor de madama de Lafayette fue sincero y, como buena escritora que era, de aquel triste episodio hizo una de las páginas más hermosas de las *Memorias de Enriqueta de Inglaterra*.

El propio rey, que amaba a su cuñada, sufrió con su fallecimiento y no olvidó a la fiel amiga que la acompañara con su devoción y su afecto hasta los postreros momentos. De aquí partió la protección que Luis XIV prodigó a la ambiciosa e inteligente madama de Lafayette. Merced a este apoyo del soberano, obtuvo numerosas ventajas y pensiones para conventos y abadías.

En su residencia reuníanse los hombres más prestigiosos, políticos y artistas, nobles y eclesiásticos. La Fontaine fue uno de los más íntimos y asiduos. Segrais llegó a vivir en la misma casa, como pensionista, y su firma, a manera de seudónimo, apareció al pie de las primeras ediciones de *Zaïde* y de *La princesa de Clèves*, pues en aquella época no se admitía que una mujer escribiera novelas. A esto se debió la colaboración de Segrais, hombre de una delicadeza tal que jamás toleró que nadie pusiera en duda la pertenencia de ambos libros a madama de Lafayette.

Todos los hombres de la época están de acuerdo en considerar a madama de Lafayette como una mujer de talento excepcional. Boileau asegura que es de las más espirituales. La Fontaine le dedica elogiosos versos. Finalmente, madama de Sévigné la admira tanto como la aprecia.

Nuestra condesa, como se ve, realizó su sueño. Estaba bien instalada en su lujoso hotel, al cual había constituido en el centro del ingenio y la cortesanía parisiense. Pero faltaba aún el más preciado de los florones... Y «monsieur» de La Rochefoucauld entró en escena.

Era este el más noble, novelesco y célebre de los hombres de su época. ¿No había escrito las *Máximas*? Es de imaginar el interés que tendría madama de Lafayette en atraerlo a

sus salones. Y él fue, y se quedó por espacio de veinticinco años, durante los cuales la amistad de madama de Lafayette y el duque de La Rochefoucauld no se desvirtuó un solo instante.

Mas en todas las existencias siempre hay que anotar el período de las desdichas y las dificultades. La salud de aquella ilustre mujer comenzó a declinar, paralizando sus deseos y ambiciones. Uno de sus hijos dióle más de un disgusto; y, finalmente, perdió a su dilecto amigo el duque de La Rochefoucauld, de quien decía: «Me ha dado su espíritu, pero yo he transformado su corazón.»

Aquella muerte modificó profundamente el carácter de madama de Lafayette. La mundana, la mujer espiritual, la mujer hábil e influyente desapareció para dar lugar a una dama austera cuyas prácticas devotas fueron el ejemplo de toda la corte.

Murió madama de Lafayette en 1692, a los sesenta años, y tan pronto como desapareció, se evidenció el vacío considerable que dejaba.

Sus novelas señalan una etapa en la literatura francesa; según Marmontel y La Harpe, *La princesa de Clèves* es el trabajo más delicado y sincero que ha podido realizar una escritora.

Mujer de mundo, deliciosa y hábil, novelista de talento, amiga dilecta, madama de Lafayette es un modelo completo de las escritoras que dieron fama al galante siglo XVII. [“Madama de Lafayette. Modelo de escritoras del siglo XVII”. *Caras y caretas*, 24/9/1927, n° 1.512, pp. 113-114.](#)

Muere en París Madame Lafayette, autora de *La princesa de Clèves*, a los sesenta años de edad. [“Efemérides. 25 de mayo”. *El Tiempo*, 26/5/1928, p. 3.](#)

Vida cultural.

Facultad de Filosofía y Letras.

Lunes, a las seis: profesor M. Carayon, «Madame de La Fayette y su novela *La Princesse de Clèves*.» Martes, a las cinco: profesor F. de Figueiredo, «Características generales del realismo portugués y balance de sus valores. Conclusión del curso.» Viernes, a las seis: profesor M. Carayon, «La obra y la figura de Fénélon.» [“Noticias e informaciones”. *La Nación*, 9/6/1928, p. 4.](#)

[Anuncia la misma conferencia que *La Nación* del 9 de junio de este mismo año.] ***ABC*, 10/6/1928, p. 30.**

De totes maneres és a la Cort da Francesc I que neix el gust per la conversa a França pel raffinement de les maneres. Aquest raffinement havia d'aner molt de pressa, ja que Madama de Lafayette cita en *La Princesa de Clèves* l'època d'Enric II com aquella en que la

cortesía francesa había atès el seu punt màxim de perfecció. [“El professor Plattard a l’Institut Francès”](#). *La Veu de Catalunya*, 10/11/1928, nº 10, p. 4.

Buckingham se dedicó a Madame de Chalais y a Madame de Lafayette, a quienes Madame había distinguido ya y a las que se había aficionado. [Alexandre Dumas, “El Vizconde de Bragelonne”](#). *La Libertad*, 19/5/1929, p. 9.

Madame de Maintenon, que era la fundadora de Saint-Cyr, se ocupaba de divertir al Rey, llevaba a las fiesta del colegio una corte fértil como pocas en lindos galanes, y Madame de La Fayette temía que tantos jóvenes amadores anduviesen cerca de trescientas doncellas «sin saltar las murallas». **Rafael Sánchez Mazas, “Teatros de colegio. La tragedia de los jesuitas. Racine. Rosvita”**. *ABC*, 22/8/1929, p. 10.

Leyendo las memorias de Ana de Austria que nos legara Madame de Monteville y también las de Madame Lafayette se echa de ver fácilmente, la influencia de nuestros clásicos. [Antonio Hernández, “De Re Literaria. Lo que fue esta en el siglo XVI para el XVII”](#). *La Correspondencia militar*, 28/9/1929, nº 16.333, p. 4.

Algo por el estilo intentó hacer La Rochefoucauld, presintiendo la polvareda que habían de levantar las *Máximas*, sobre todo entre sus amigas Madame de Longueville y Madame de Lafayette, a cuál más ingeniosa, pero también a cuál más creyente. **Cristóbal de Castro, “Cajal, o el prisma”**. *Blanco y negro*, 27/10/1929, p. 21.

Madame de Lafayette conoció en el convento de Santa María de Chaillot a Enriqueta de Inglaterra, más tarde cuñada de Luis XIV, y fue su fiel amiga, hasta que acaeció la inesperada como trágica muerte de la princesa. Fue en brazos de Madame de Lafayette que expiró Enriqueta de Inglaterra, y Luis XIV, que tenía por su hermana política un gran afecto, guardó inmenso reconocimiento hacia la condesa, por lo que la gran dama gozó desde entonces de gran influencia en la corte.

Madame de Lafayette poseía vasta instrucción, así como una extremada modestia; muy a menudo ocultaba sus conocimientos por no humillar a las personas de su sexo con quienes trataba. Era superior a la marquesa de Rambouillet. Su juicio estaba sobre la razón y amaba la verdad antes que nada.

Después de la publicación de las *Máximas* fue cuando Madame de Lafayette estuvo íntimamente ligada con el príncipe de Marcillac, que desde entonces tuvo gran renombre. París recibió con aplausos su bella obra, pues las más altas virtudes no inspiraron al autor,

sino la tapicería humana, que observó cuidadosamente por el reverso, convirtiéndose sus *Máximas* en medallas inmortales.

Madame de Sévigné decía: «Hay máximas divinas, que me da vergüenza no poder comprender.»

Madame de Lafayette consagró sus últimos días a la religión y a la piedad, lo que endulzó sus males y sus tristezas.

Como su amiga, fue también una excelente madre y supo educar admirablemente a sus hijos. Uno de ellos fué un honrado y valiente capitán y otro un virtuoso sacerdote.

Fue igualmente, una gran escritora, y entre sus obras se citan: *La vida de Enriqueta de Inglaterra* y *Memorias de la corte de Francia*, pero su libro más perfecto y el que tuvo el más grande éxito fue *La princesa de Clèves*.

La Harpe, Sainte-Beuve y Taine hablaban con entusiasmo:

«Es lo que el espíritu de una mujer puede producir de más recto y delicado.»

«Jamás el amor combatido por el deber, no ha sido pintado con tanta fineza.»

«Se ve que la autora posee la medida con la emoción, la fuerza con el encanto.»

«La divina razón se encuentra en sus escritos como en su vida.»

La autora amó luchando. Ella misma confiesa su debilidad, pero rinde testimonio a su propia virtud. Su libro fue la descripción de su vida, fue un breviario para las almas apasionadas, débiles, pero dignas. Como la heroína de *La princesa de Clèves* no ambicionó más que un triste reposo...

En el siglo XVII, los romances de aventuras estaban de gran moda. *L'Astrée* de Honoré d'Urfé fue la delicia del «Hotel de Rambouillet», *Clélie* y *Cyrus*, de Mademoiselle de Scudéry estuvieron muy en boga.

Las obras de Madame de Lafayette, fueron una reacción contra ese género falso. Sobresalieron por su realismo, pues la autora se distinguió describiendo las costumbres elegantes. [“La interesante figura de Madame de Lafayette”. *Caras y caretas*. Buenos Aires, 9/11/1929, n° 1623, p. 55.](#)

Si apartamos por un momento los hallazgos de algunos poemas de La Fontaine —y, especialmente, del Adonis—¿qué pobre en realizaciones líricas se nos presenta el siglo de Pascal y de Madame de la Fayette, tan rico, en cambio, en máximas morales, en novelas psicológicas y en comedias de caracteres! [Jaime Torres Bodet, “Cercanía de López Velarde”. *Contemporáneos*, septiembre-octubre de 1930, p. 34.](#)

La obra tiene todas las delicias del espíritu francés. El país que en el siglo XVII trazó por la mano de mademoiselle de Scudéry la *carte du Tendre* y las sutilezas psicológicas de *La princesa de Clèves*, la novela bien conocida y celebrada de Madame de La Fayette, gusta en toda edad y en todo momento de las profundidades y matices de una psicología refinada, y así trae a la escena, a la literatura general y a la poesía aquellas regiones del alma que vienen a significar en el desarrollo de los sentimientos y en la manifestación de los gustos y del íntimo vivir, la transición, lo intermedio, la etapa que determina en un sentido y quizá pudiera determinar en el contrario, ya una modalidad del espíritu, ya un carácter. [Luis Araújo-Costa, “Veladas teatrales”. *La Época*, 29/4/1931, n° 28517, p. 1.](#)

Madame de Lafayette conoció en el convento de Santa Maria de Chaillot a Enriqueta de Inglaterra, más tarde cuñada de Luis XIV, y fue su fiel amiga, hasta que acaeció la inesperada como trágica muerte de la princesa. Fue en brazos de Madame de Lafayette que expiró Enriqueta de Inglaterra, y Luis XIV, que tenía por su hermana política un gran afecto, guardó inmenso reconocimiento hacia la condesa, por lo que la gran dama gozó desde entonces de gran influencia en la corte.

Madame de Lafayette poseía vasta instrucción, así como una extremada modestia; muy a menudo ocultaba sus conocimientos por no humillar a las personas de su sexo con quienes trataba. Era superior a la marquesa de Rambouillet. Su juicio estaba sobre la razón y amaba la verdad antes que nada.

Después de la publicación de las *Máximas* fue cuando Madame de Lafayette estuvo íntimamente ligada con el príncipe de Marcillac, que desde entonces tuvo gran renombre. París recibió con aplausos su bella obra, pues las más altas virtudes no inspiraron al autor, sino la tapicería humana, que observó cuidadosamente por el reverso, convirtiéndose sus *Máximas* en medallas inmortales.

Madame de Sévigné decía: «Hay máximas divinas, que me da vergüenza no poder comprender.»

Madame de Lafayette consagró sus últimos días a la religión y a la piedad, lo que endulzó sus males y sus tristezas.

Como su amiga, fue también una excelente madre y supo educar admirablemente a sus hijos. Uno de ellos fue un honrado y valiente capitán y otro un virtuoso sacerdote.

Fue, igualmente, una gran escritora, y entre sus obras se citan: *La vida de Enriqueta de Inglaterra* y *Memorias de la corte de Francia*, pero su libro más perfecto y el que tuvo el más grande éxito fue *La princesa de Clèves*.

La Harpe, Sainte-Beuve y Taine hablaban con entusiasmo:

«Es lo que el espíritu de una mujer puede producir de más recto y delicado.»

«Jamás el amor combatido por el deber, ha sido pintado con tanta fineza.»

«Se ve que la autora posee la medida con la emoción, la fuerza con el encanto.»

«La divina razón se encuentra en sus escritos como en su vida.»

La autora amó luchando. Ella misma confiesa su debilidad, pero rinde testimonio a su propia virtud. Su libro fue la descripción de su vida, fue un breviario para las almas apasionadas, débiles, pero dignas. Como la heroína de *La princesa de Clèves* no ambicionó más que un triste reposo...

En el siglo XVII, los romances de aventuras estaban de gran moda. *L'Astrée* de Honoré l'Urfé fue la delicia del «Hotel de Rambouillet», *Clélie* y *Cyrus*, de Mademoiselle de Scudéry estuvieron muy en boga.

Las obras de Madame de Lafayette, fueron una reacción contra ese género falso. Sobresalieron por su realismo, pues la autora se distinguió describiendo las costumbres elegantes. [“Siluetas femeninas. La interesante figura de Madame de Lafayette”. *Voz española*, 9/5/1931, nº 10, p. 16.](#)⁵

Madame la Fayette y Saint-Simon, con poca diferencia de detalles, coinciden en la noticia del envenenamiento. **Mariano Tomás, “Sombras: Enriqueta de Inglaterra”. *ABC*, 21/6/1931, p. 20.**

En el siglo XVIII, a despecho de los mil y un prejuicios contra España, los franceses honran nuestras letras. «Si hay en Gil Blas —escribe Martinenche— la sátira de una sociedad francesa, la España de los Lerma y de los Olivares está pintada tan diestramente que se continúa aun más allá del Pirineo buscando el original de la comedia picaresca. Lesage mantiene también el interés por la comedia con la recopilación anónima publicada en 1700 en París bajo el título *El teatro español*. Florián reanuda la tradición de esta literatura heroicogalante, en la que se habían inspirado la *Almabide*, de la señorita de Scudéry, y la *Zaïde*, de la señora de Lafayette [...]» [“Visitas. Los estudios hispánicos en Francia”. *El Sol*, 1/11/1932, p. 2.](#)

Los que afirman que aman demasiado a la mujer para ser partidarios del feminismo, hubieran dejado a Juana de Arco con sus corderos, a Madame de La Fayette con sus amores y a Madame de Sévigné en la cocina. Pero entonces los franceses no hubieran adquirido la

⁵ Mismo artículo que el de *Caras y caretas* del 9/11/1929.

rapidez de acción y de pensamiento de que se envanecen. [Princesa Lucien Murat. "La mujer francesa y sus secretos...". *Crónica*, 4/12/1932, p. 18.](#)

Pienso que la señora de Sévigné y la señora de Lafayette escribían mejor que las mujeres de la generación precedente, pero sin duda un enamorado de la «preciosidad» pensaría lo contrario. ["Erudición. Un prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal". *El Sol*, 30/6/1933, p. 2.](#)

L' Associatió Guillaume Budé, de París, acaba de publicar dins la col·lecció «Les Textes Français», el primer volum de les obres completes de Madame de Lafayette. Naturalment, aquest volum havia de contenir la xxx més famosa de la il·lustre escriptora, aquesta *Princesse de Clèves*, que és l'obra mestra de la novella francesa del segle XVII. *La Princesse de Clèves?* preguntarà algú. Una novella del segle XVII, quin interès pot tenir? Si no és pel llenguatge, què s'hi pot estudiar? Si, senyors, una novella del segle XVII pot tenir tot l'interès psicològic d'una novella del segle XX, tot i tractarse d'una novella amatòria de l'estudi d'una passió. En aquest sentit, Proust inventà molt poca cosa. Més encara, Proust no hauria estat possible, ni Maurois, ni Paul Bourget, ni Benjamin Constant, ni Fromentin, sense una Madame de Lafayette. *La Princesse de Clèves* és una flor immarcescible. Com ho ha observat molt bé M. André Le Breton en aquest llibret, l'art exquisit del qual és fet de matisos, de pensaments vigorosos i d'una expressió senzilla i elegant, ofereix encara al lector modern l'alegria delicada de fer noves descobertes en el domini de es coses del cor. Llibre car a totes les dones, afegeix Le Breton «és l'expressió més perfecte de l'amor tal com tot cor lemeni el somnia: de l'amor que absorbeix i omple l'ànima sense que mal s'hagi d'averkonyir d'ell mateix». (*Le Roman au XVII siècle*. Paris, 1890).

No ens estranyi doncs, si aquesta petita obra mestra és avui tan fresca, tan viva i tan commovedora com ara fa dos segles i mig; pel març del 1678, quan sota el vel de l'anònim eixia de les premses del llibreter Barbin, de Paris.

Com la psicologia, i no diem pas com el sentiment de l'amor, que tan bé analitza, *La Princesse de Clèves* és una obra immortal. Pot-ser hom es cansarà un dia do submergir-se en les «nouvelles-ríus» (Proust i Freud són els barquers d'aquesta riada) que avui omplen les riberes literàries, però mai hora no es cansar à d'assaborir les qualitats de l'ànima sensible i inquiet a la qual devem la pintura veritablement patètica dels turments amorosos de Mme. de Clèves i de M. de Nemours.

La celebrada novella de Mme. de Lafayette, i a la qual no fou estrany, com és sabut, el famós moralista La Rochefoucauld, ha estat molt sovint reimpressa. En publicar-la ara,

novament, l'Associació Guillaume Budé ha volgut reproduir un text correcte, establert amb molta cura. Aquesta benemèrita Associació, que tant fa per la cultura general i sobretot pel conreu de les humanitats, ha confiat aquest treball a M. Albert Cazes, el qual ha reeixit plenament. La revisió ha estat feta per M. Le Bidols de conformitat amb els principis de la susdita Associació.

Per tant, *La Princesse de Clèves* es publica ara en un text definitiu. Fins ara, la majoria de les edicions reproduïen un xic a l'atzar, l'edició del 1689 (l'última apareguda en vida de Mme. de Lafayette) sense tenir en compte les correccions a mà fetes per l'editor Barbin, així que l'obra es publicà. Aquestes correccions, que es troben en diversos exemplars de l'edició original, restableixen palesament certs trossos del text malimprès. L'existència d'aquests trossos fou assenyalada pel P. del Carme, autor de les *Converses sobre la crítica de la Princesa de Clèves*, el qual insisteix sobre el fet que aquesta novella ha estat mal impresa i que les proves foren mal reilegides. Per tant, calia establir un text que presentés garanties. D'això se n'encarregà M. Albert Cazes, el qual, en 1926, va dirigir una interessant reedició de les *Lettres a la Marquise *** sur le sujet de la Princesse de Clèves*, per Valincour.

La novella és precedida, en aquesta acurada edició, per una Introducció molt important, des del punt de vista crític. Tot sintetitzar-los, M. Cazes ha volgut puntualitzar tots els aports nous i recents que hom deu, respecte a Mme. de Lafayette, als erudits treballs de crítics tan eminents com Harry Ashton, Emile Magne i André Beaunier, i respecte a *La Princesse de Clèves*, als senyors Henri Chamard i Gustave Rudler. Des d'ara, doncs, hom posseeix els elements necessaris per a l'exacta comprensió d'aquesta obra exquisida i gran a la vegada, obra que no ens desplauria de veure traduïda al català, puix que es tracta d'una de les produccions cabdals de la literatura francesa.

La presentació material d'aquest volum és acuradíssima i fa honor a la impremta francesa. Com els altres volums de «Les Testes Français», aquest ha estat publicat sota la direcció tècnica de M. Fernand Roches. [Zenon, “L'obra cabdal de Madame de Lafayette”, *La Veu de Catalunya*, 30/1/1934, n° 11741, p. 7.](#)

Lee después la *Astrea* de Honoré d'Urfé, y es concurrente asiduo al Hotel de Rambouillet, al de Longueville, al de Madame de La Fayette, al de Ninon de Lenclos. [L. A. C. \[¿Luis Araújo-Costa?\], “Cuodlibeto”. *La Época*, 20/7/1934, n° 29512, p. 3.](#)

[El mismo homenaje que ya había publicado en *La Esfera* de Madrid en enero de 1921.] **Cristóbal de Castro, “Cajal, escritor”. *ABC de Sevilla*, 31/10/1934, p. 15.**

[El mismo homenaje al recién fallecido Santiago Ramón y Cajal con un texto que ya había publicado en *La Esfera* el 15 de enero de 1921 y en el *ABC* de Sevilla el 31 de octubre de 1934.] [Cristóbal de Castro, “Cajal, escritor”. *España médica*, 11/11/1934, p. 7.](#)

El Sr. Laplane disertó en el Instituto Francés acerca de una escritora de la época clásica, Madame de la Fayette, que en un tiempo en que abundaban los talentos femeninos mereció ser llamada por Boileau «la mujer que tuvo más inteligencia y escribió mejor en su siglo». Los modernos han ratificado esta apreciación, porque, además de atraerse la simpatía por la delicadeza y la nobleza de sus sentimientos, manifestados en todo el curso de una vida que se mezcló sin menoscabo para la reputación a toda la frivolidad de la Corte de Versalles, por su amistad sincera hacia el generoso y amargo autor de las *Máximas*, el duque de la Rochefoucauld, Madame de la Fayette escribió una novela corta titulada *La princesa de Clèves*, que es, en realidad, una obra maestra. Grandeza y profundidad del argumento, sobrio realismo de la observación, elegancia incomparable del estilo, todo contribuyó a hacer de esta breve composición un acierto sin igual, reconocido por los contemporáneos, y en el que se encuentra todavía hoy interés y encanto. Madame de la Fayette fundó con *La princesa de Clèves* la novela psicológica moderna. [“Madame de la Fayette y su tiempo”. *El Sol*, 20/11/1934, p. 2.](#)

En el siglo XVII, por ejemplo, y en el siglo XVI, la erudición de la mujer iba muy lejos, hasta el punto de que hoy nos sentimos llenos de extrañeza ante ella. Una Madame de Sévigné, una Madame de Lafayette eran extraordinariamente instruidas. Molière ha podido condenar los excesos de la ciencia femenina en *Las preciosas ridículas* y en *Las mujeres sabias*; pero esas mismas comedias llevan la prueba de que la instrucción femenina en su tiempo que fue un tiempo de orden y de razón. **E. Bordeaux, “Las muchachas nuevas (continuación)”. Traducción de M^a Jesús [sin apellidos]. *El Correo de Zamora*, 15/5/1935, p. 5.**

Conferencias de André Maurois, una de las cuales se titula «Madame de La Fayette et *La Princesse de Clèves*». ***La Vanguardia*, 24/10/1935, p. 11.**

Pero tan atrasados estamos en este punto, que no creo se hayan llevado todavía a la pantalla las novelas de Proust y los análisis de profunda psicología de que se envanece, sobre todo, la literatura francesa, desde la clásica *Princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette, hasta los prodigios de Bourget, y la labor hiperanalista de los escritores modernos estudiados por

Rousseaux en sus *Almas y rostros del siglo XX*. [Luis Araújo-Costa, “Veladas teatrales”. *La Época*, 30/11/1935, n° 29936, p. 3.](#)

[Marivaux] sustituye los personajes y los caracteres por los momentos de amor y prelude los estados psicológicos de la moderna experimentación, acaso con materiales de Honoré d'Urfé, Mademoiselle de Scudéry y Madame de La Fayette [...]. [Luis Araújo-Costa, “Veladas teatrales”. *La Época*, 13/12/1935, n° 29947, p. 3.](#)

En el Instituto Francés M. Maurois habló de sus primeras impresiones literarias.

[...]

Por un tiempo, en los años de la trasguerra, los personajes de sociedad tienen tanto tiempo para amar como los del siglo II (reflejados en la clásica obra de Madame de Lafayette). Hay, en cambio, una diferencia fundamental en la forma de analizar el amor. Ni Madame de Lafayette ni Rousseau se preguntan por qué aman los enamorados. [...]

Nuestro tiempo —añade— es bien distinto del de Madame de Lafayette y del de Proust. Ya no hay gente ociosa; la política y la religión han tomado mayor lugar en la vida y en las almas. Falta tiempo para morir de amor como en tiempos de Madame de Lafayette; y aun para cultivar la duda, como en tiempo de Proust. **“André Maurois disertó acerca de «Las heroínas de Proust»”. *La Vanguardia*, 15/2/1936, p. 9.**

Seguint el programa del curset sobre la novella moderna, iniciat la setmana passada, dilluns Rafael Tasis i Marca parlà a l'Ateneu Polytechnicum sobre «La Novella Francesa». Començà per remarcar la gran tradició de la literatura francesa, que ha tingut sempre entre les seves característiques més destacades la mesura, l'elegancia, l'esperit de crítica moral i l'escepticisme. Retreu, en aquesta tradició gloriosa, els noms representatius de Rabelais, Molière, Racine, Voltaire i Rousseau. Parla de l'escola de la novella francesa moderna, que té els precedents il·lustres de Madame de Lafayette i Benjamin Constant. [“A l'Ateneu Polytechnicum. «La novel·la francesa», en el curset de Rafael Tasis i Marca sobre «la novel·la moderna»”. *La Publicitat*, 9/4/1936, p. 2.](#)

Començà per remarcar la gran tradició de la literatura francesa, que ha tingut sempre, entre les característiques més destacades, la mesura i elegancia i l'esperit de crítica moral, i referí els testimonis de Rabelais, Molière, Racine Voltaire i Rous, seu Parla de l'escola de la novel·la francesa que té els precedents il·lustres de Madame de Lafayette i Benjamin Constant. Després parla de Balzac . Stendhal, que duen a la novel·la la força de les passions. Comenta després la puixança del naturalisme; Zola, Maupassant, Daudet, Muheau, Barbey

d'Aurevilly, Haysmans i els Goncourt. [“La novel·la francesa”, *Última hora: informació, crítica, reportatge*, 10/4/1936, n° 151, p. 6.](#)

Modernidad contestada
(1939 – 1975)

Con su aguda percepción y su gran maestría, traza el autor la silueta de Madame de La Fayette recortada sobre el fondo de la corte del Rey Sol; la de Rousseau, en medio de la sociedad amanerada del siglo XVIII; la de Stendhal, con su curiosa mezcla de cinismo y timidez [...]. **“Libros”**. *La Vanguardia española*, 2/12/1941, p. 9.

Madame de Lafayette escribió a Madame de Sévigné, la cual por muchos títulos fue llamada la divina marquesa: «Todo cuanto vos decís tiene un hechizo tal que vuestras palabras atraen alrededor de vos las Risas y las Gracias». [...]

Estas líneas evocadoras demuestran el favor del público de que disfrutaba el famoso predicador. Bourdaloue predicaba en Nuestra Señora de París. Entre sus habituales oyentes estaban la princesa de Conti y la duquesa de Longueville. También Madame de Lafayette fue picada de curiosidad de oír la palabra de Bourdaloue. **Lorenzo Riber, “Madame de Sévigné y los predicadores cuaresmales”**. *España*, 18/3/1942, p. 3.

¿No habrá de hacerse lo mismo en España con esta Emilia [Pardo Bazán]? Por lo menos en los colegios de muchachas... Porque ninguna de las mujeres famosas entre las más famosas, ni la Staël, ni Safo, ni las eruditas italianas, ni una Madame de Lafayette, autora de una única gran novela, ni las modernas pueden comparársela. [José María Belderrain, “Libros nuevos. Condesa de Pardo Bazán: San Francisco de Asís”, *La Voz de España: diario tradicionalista y de las J.O.N.S.*, 29/1/1942, p. 8.](#)

Bien es verdad aquello que decía Madame Lafayette de que «cualquier genio se pone siempre por debajo del ingenio.» **J. V. Puente, “Un libro de crítica de Alfredo Marquerie. Desde la silla eléctrica”**. *Fotos*, 13/2/1943, p. 19.

Hortensia, no obstante sus irregularidades en materia de conducta, fue una mujer buena si hemos de creer los testimonios de Madame de La Fayette y de la marquesa de Sévigné. **Luis Arújo-Costa, “Las sobrinas de Mazarino”**. *Domingo*, 18/7/1943, p. 12.

Hay tan solo atracción de instintos, adornada con la celebridad de dos nombres y una dosis muy fuerte de psicología en el estilo de *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette. [...]

Madame de La Fayette, mademoiselle de Scudéry no llegaron a más en los tiempos clásicos. Pero ni una ni otra fueron agonistas de sus elucubraciones. **Luis Araújo-Costa, “Ella y él”**. *Domingo*, 18/2/1944, p. 5.

El ejemplar más interesante de doña Emilia era una reproducción de la *Carte du Tendre*, de mademoiselle de Scudéry. Es el mapa del amor con los trazos y los contornos del dibujo lineal en una psicología alegórica de preciosismo, como el cultivado en el hotel de Rambouillet y la Cámara Azul de Artemisa. Caminos, obstáculos, precipicios, encrucijadas, todo va señalado en este mapa del amor con la maestría y el corazón tierno de quienes habían ido leyendo poco a poco la *Astrea*, de Honorato d'Urfé, y estaban en disposición de deleitarse con *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette. **Luis Araújo-Costa, “Abanicos”. ABC de Madrid, 22/8/1944.**

El ejemplar más interesante de doña Emilia era una reproducción de la *Carte du Tendre*, de mademoiselle de Scudéry. Es el mapa del amor con los trazos y los contornos del dibujo lineal en una psicología alegórica de preciosismo, como el cultivado en el hotel de Rambouillet y la Cámara Azul de Artemisa. Caminos, obstáculos, precipicios, encrucijadas, todo va señalado en este mapa del amor con la maestría y el corazón tierno de quienes habían ido leyendo poco a poco la *Astrea*, de Honorato d'Urfé, y estaban en disposición de deleitarse con *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette. **Luis Araújo-Costa, “Abanicos”. ABC de Sevilla, 26/8/1944, p. 3.**

La novela de Madame de La Fayette *La princesa de Clèves* va a ser adaptada a la pantalla francesa por el realizador Jean Delanoy, siendo el principal intérprete femenino Jossete Day. **“Noticiero extranjero”. España, 16/8/1946, p. 5.**

Echo de menos un estudio moderno sobre Juan Rodríguez de la Cámara o del Padrón y su novela. La *Carta du Tendre*, de la señorita Scudéry; *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette; todo el psicologismo amoroso de Bourget y de otros autores semejantes encuéntrame ya en las páginas del escritor gallego con una profundidad y un análisis tan sutil que no desmerece de escritos posteriores y clásicos en la materia: los *Diálogos* de León Hebreo, y el Shakespeare del *Sueño de una noche de verano*. **Reportajes Ortiz. “Galicia en la literatura española”, ABC de Sevilla, 24/9/1946, pp. 6-7.**

Aunque solo sea como valor representativo de nuestra época, encierra interés el observar algunos aspectos de las cuatro novelas que en estos últimos diez años han logrado mayor éxito en el mundo entero. Tres son conocidas en España: la cuarta, *Forever Amber*, no ha sido aún publicada en nuestro país.

Lo que primero atrae la atención es la importancia que la mujer tiene en la creación de estas obras. Margaret Mitchell, Daphne du Maurier y Kathleen Winsor están, como

escritores, en abrumadora mayoría, frente a Bromfield. En cuanto a los protagonistas, Scarlet, Rebeca y Amber, son personajes femeninos que saltan con acusado relieve de las plumas de estas tres mujeres, mientras Bromfield, en su deseo de que la India fuese el principal protagonista de *Vinieron las lluvias*, deja a los auténticos personajes en un colectivo segundo término, donde acaso una mujer, Lady Esketh, destaca como otra hermana literaria más de aquella Lady Chatterlay tan discutida.

Este predominio femenino que se observa es un síntoma más de toda época histórica decadente o de transición, falta de valores creativos geniales, varoniles; que en este caso parecía traer una compensación, pues siempre se ha pensado que la revelación del «eterno femenino» la ha de procurar la propia mujer. Sin embargo, la decepción es inevitable. No hay revelación ni podía haberla. La mujer se ignora a sí misma, tanto como para el hombre pueda ser ella un misterioso mar que le refleja en su superficie y atrae a sus profundidades, mar lleno de fluctuaciones, creador de fantasías, desordenado y sin fijeza. Por eso, la íntima personalidad de las tres protagonistas creadas por las tres autoras, podía haberla descrito igual un hombre, y muchos han inventado heroínas más interesantes. Es posible que algún escritor, con fina sensibilidad, haya dado ocasión para que muchas mujeres descubrieran su propio sentido femenino, porque el secreto, sin saberlo, lo posea el hombre. Aunque otra femenil pluma, Madame de Lafayette, dio a conocer la exquisita categoría amorosa de *La Princesse de Clèves*, Scarlet, en *Lo que el viento se llevó*, y Amber, son dos tenaces hembras, cuyo único y constante amor no tienen más clave que el desvío, sin explicación, que de ellas hace alejarse, una y otra vez, a sus amados. Según lo cual, el secreto de las preferencias femeninas rebota, ahora en el —para ellas— secreto de las preferencias masculinas.

Tan solo Margaret Mitchell impresiona en su libro al describir la transformación que Scarlet sufre al verse en el trance de sobrevivir y sacar adelante a los suyos, a raíz del desastre sudista en la guerra de Secesión; transformación de una muchacha romántica, femenina, en mujer emprendedora, casi viril. Posiblemente, de las cuatro novelas solo esta conecta calidades literarias auténticas. Está escrita con limpieza y suavidad, sin apoyar ni reiterar con exceso ningún detalle; a veces, expresándolo con un silencio, en blanco, mejor que con palabras. El paisaje y las costumbres están recogidas con ternura poética y exacto realismo, que revelan en la autora sentimiento e inteligencia. Conocida es la anécdota de un escritor, contento de sí mismo, que, en una comida, en los Estados Unidos, tenía a su lado a cierta señora, más bien tímida y callada, que toda la noche le estuvo escuchando, con afabilidad y respeto, sus éxitos literarios. Satisfecho de esta admiración, y condescendentemente, acabó

preguntando este a su vecina el grado de afición que profesara a las letras, a lo cual ella respondió:

—He escrito alguna vez.

—¿Y de qué? —volvió a preguntar el hombre.

—Una novela, *Lo que el viento se llevó* —contestó ella con sencillez.

En *Forever Amber*, Kathleen Windsor decepciona como sensibilidad femenina. En cambio, ha escrito una gran novela, doblemente picaresca; por estar en la línea del *Buscón* o del *Lazarillo*, bien entendido que es en Londres en el siglo XVII, y por su predominio erótico. Las peripecias de la vida amorosa de Amber —a las que sirve de fondo el ambiente de la época pintado de mano maestra, igual sea la Corte que los bajos fondos— son de un realismo audaz. El interés no decae a lo largo de las innumerables páginas; pero no encontraremos ni poesía ni ternura en toda la novela.

El mundo, por lo visto, rinde culto a Aglaonice y no a Orfeo. A la belleza de la poesía, del ideal, del entendimiento, prefiere la sensual y realista belleza de los sentidos, desordenada y pasional, como una Rebeca cualquiera. **El Conde de Montarco, “Feminidad y literatura”.** *ABC de Madrid*, 2/3/1947, p. 5.

En el Colegio Mayor Santa Teresa de Jesús, de la Universidad de Madrid, Fortuny, 53, dio ayer, a las ocho menos cuarto de la noche, su anunciada conferencia con el título «Madame de Lafayette escribió *La princesa de Clèves*» la escritora francesa Marcelle Auclair. **“Marcelle Auclair, en el Colegio Mayor Santa Teresa”.** *ABC de Madrid*, 1/2/1950, p. 14.

Madame de Clèves, Matilde de la Mole, Emma Bovary y Odette de Crécy personifican cuatro sesgos sentimentales y, cada cual, con su peripecia amorosa, cifran el estilo pasional de su época. Así, la princesa de Clèves representa el triunfo del dogma social sobre la vida, es decir, significa el triunfo del orden y del equilibrio despiadados conseguidos a costa de la propia felicidad y de la misma existencia; Matilde de la Mole simboliza la derrota de la feliz estabilidad clásica y la victoria del amor sobre su circunstancia; Emma Bovary encarna la ilusión siempre renovada, sin límites, luchando contra una realidad tercamente limitada y, finalmente, Odette de Crécy, la heroína de Proust, personifica la victoria del egoísmo... Decididamente, Madame de La Fayette, Stendhal, Flaubert y Proust se asomaron al amor femenino desde ventanas abiertas a paisajes muy diferentes. **Tristán la Rosa, “El estuche de los recuerdos”.** *La Vanguardia española*, 1/3/1950, p. 5.

En Inglaterra y en Francia han pululado, en cambio, las mujeres novelistas. En Francia van desde Madame Lafayette, con su *Princesa de Clèves*, origen de la novela psicológica, hasta la sin par Colette, pasando por la recia y turbulenta figura de «Jorge Sand», que no solo para andar por la calle, sino también para escribir novelas, se puso los pantalones... **Alberto Insúa, “Mujeres novelistas”. *La Vanguardia española*, 20/1/1954, p. 5.**

Se dice —y yo lo creo—, que las mujeres somos poco aptas para salir de nosotras mismas. No hace falta salir de sí mismo para bailar o representar. En rigor, no hace falta tampoco para lograr una creación literaria. La mujer no sale, no suele salir en estos casos. No salieron Santa Teresa, Madame de Lafayette, sor Juana Inés de la Cruz, Virginia Woolf... la lista no acaba. [Carmen Castro, “Mujer y literatura”. *El Correo gallego: diario político de la mañana*, nº 25498, 17/1/1954, p. 9.](#)

Se abre a nuestro espíritu curioso un mundo misterioso y legendario de magia y fantasía lleno de pormenores deliciosos. El autor va salpicando de citas peregrinas el texto: «Cójase un pelo de una cabritilla virgen...», o bien «En nombre del cielo, yo le exorciso...», «Para la calvicie, calcínese un cuervo...», y nos narra cómo «Madame Lafayette toma caldo de víbora, lo cual fortalece mucho su vista.» **“Publicaciones y revistas”. *Madrid*, 30/7/1955, p. 14.**

Gracián, en un alarde de laconismo, escribe: «Lo bueno, si breve, mejora.» Consecuente con esta afirmación, él rindió en sus escritos un culto asiduo a la brevedad, hasta tal punto, que a algunos les pareció excesivo. Stendhal aprendía concisión, exactitud, en la prosa árida, severa y formularia del Código Civil, si es verdad lo que nos cuenta, aunque tengo para mí que tuvo maestros mejores del estilo. Madame de La Fayette afirmaba que una página que se logra suprimir de un libro vale cuando menos un luis, y una palabra en una frase un franco. **Sebastián Juan Arbó, “La concisión en la literatura”. *La Vanguardia española*, 31/7/1956, p. 5.**

Por novela francesa se entiende comúnmente la tradición narrativa que, partiendo de Madame de Lafayette, a través de Constant y de Radiguet, desemboca, en nuestros días en Michel de Saint-Pierre, Mallet-Joris y Françoise Sagan. Psicológica, explicativa y como tal esencialmente hurgue: sus personajes son letraheridos, cultos. Licenciados en Filosofía, rentistas, funcionarios, disponen de un tiempo ilimitado para ocuparse a placer de sus pasiones y permitirles que se desarrollen y maduren. Inteligentes, como su propio autor, se esfuerzan en demostrarlo de una manera exhaustiva. Les gusta la pintura, leen a Heidegger,

escuchan obras de Vivaldi y de Mozart. Y si el autor nos habla de campesinos o de obreros, lo hace siempre desde un plano superior y como un intelectual: con un guiño de complicidad o una media sonrisa. [Juan Goytisolo, “Novela francesa, novela americana”. *Destino*, nº 1061, 7/12/1957, p. 35.](#)

Contestación a A. A.: [...]

Lee biografías de personas célebres. Libros clásicos, teatro de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Benavente, Zorrilla. En novelas, las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, que son las mejores narraciones cortas que hay. *La Princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette, algunas de las novelas de la Pardo Bazán. También lee algún libro de arte, revistas femeninas. que además de ser amenas dan una cultura. **Blanca de Arce, “Madrid para ellas”. *Madrid*, 6/12/1957, p. 4.**

Madame de La Fayette, en el siglo XVII, escribió una novela corta, *La princesa de Clèves*, en la que conservaba toda la delicadeza y el pudor de una mujer, y si «George Sand», en el siglo XIX, no se creyó sujeta a las mismas obligaciones, no dejó de desplegar en sus obras un talento indudable. [...]

Es, al declinar de su vida, la amistad de La Rochefoucauld, el autor de las *Máximas*, con Madame de La Fayette, autora de *La princesa de Clèves*, y diciendo de ella, como una alabanza suprema: «Es verdadera», y ella diciendo, como para resumir la esencia de sus relaciones: «Ha iluminado mi espíritu, pero yo he reformado su corazón.» **Abel Bonnard, “Las mujeres en el arte”. *Madrid*, 7/3/1958, p. 3.**

España —apunta [Jacques de Lacretelle]— atrajo siempre a los franceses. De allá de la frontera representa para ellos el color vivo y el exotismo; pero también, y sobre todo, significa en el orden moral el conflicto noble y la pasión extrema. Es más: cada vez que la literatura francesa se renueva, en la hora de la explosión de sentimientos y las audacias del estilo —prosigue el académico—, nuestros escritores recurren siempre a España y vuelven a descubrirla. Así fue con Corneille y Molière, así con Madame de La Fayette y el tema de los celos. Como con Hugo y los románticos, desde Chateaubriand al repetido Gautier, a Mérimée, sin contar otros campos, así la pintura, así la música. **M., “Al margen”. *La Vanguardia española*, 29/10/1958, p. 16.**

«La condesa fue llevada a este crimen contra una joven princesa que la colmaba de beneficios —dice—, por el embajador del emperador Leopoldo en la Corte de España.»

De la misma opinión en la autora de *La princesa de Clèves*, Madame Lafayette, que en sus *Memorias de la Corte de Francia* endosa la responsabilidad al Consejo de Castilla: «Este Consejo —afirma—, que veía que la reina gobernaba al rey y que le impediría decidirse contra los intereses de Francia; este Consejo, repito, no podía consentir que se ejerciese tal dominio, y previno por medio del veneno la alianza francesa que parecía a punto de hacerse.» **El Peatón, “Repercusiones en Madrid del «affaire de los venenos»”. *Informaciones*, 16/1/1959, p. 2.**

Nada contribuye a explicar mejor el arte narrativo de Françoise Sagan que su abolengo francés, en la línea de Madame Lafayette y Colette, con todas las variantes que se quiera: con un amoralismo, acaso no tan irredimible como se suele creer, en el debe, y un estilo de matemática y justeza en el haber. **M. Fernández Almagro, “Crítica y Glosa. *Compromiso y deserción*, por José María Souvirón”. *ABC de Madrid*, 7/2/1960, p. 22.**

Contestación a Sayonara:

Para lo de la crema para exponerte al sol, lee lo que digo a L. A. S. Estás perfectamente de peso para tu estatura. Te aconsejo que leas a Muñoz y Pabón. También *El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco; *Jeromín*, del Padre Coloma; *La niña de Luzmela*, de Concha Espina; *Doña Blanca de Navarra*, de Navarro Villoslada; *La Princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette. Y si no los has leído aún, *Los últimos días de Pompeya*, *Ben-Hur* y *Fabiola*. No dejes de hacerlo, pues pasarás ratos agradables con su lectura. **Blanca de Arce, “Madrid para ellas”. *Madrid*, 11/8/1960, p. 2.**

Contestación a Evangelita: [...]

Los libros que te aconsejo son: *Los últimos días de Pompeya*, *Ben-Hur*, *Fabiola*. Todas las novelas de Muñoz y Pavón, *La gitanilla* y *La ilustre fregona*, de Miguel de Cervantes; *La Princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette; *La historia de Saint Michele*, de Axel Munthe, y alguna obra del teatro clásico español, que son muy divertidas, aunque las que no las conocen opinen lo contrario. **Blanca de Arce, “Madrid para ellas”. *Madrid*, 18/8/1960, p. 4.**

Al leer estas líneas en *La princesse de Clèves*, la famosa novela de Madame de La Fayette, el director Jean Delannoy pensó en Marina Vlady. La ha hecho, pues, la heroína de su nueva película *La princesse de Clèves*, que también interpretan Jean Marais, Jean François Poron y Annie Ducaux. Jean Delannoy rueda los exteriores en el castillo de Chambord, uno de los más famosos del Loira, donde los héroes de Madame de La Fayette se expresan en un

lenguaje muy siglo XVI revisado por Jean Cocteau. **“Noticiero”**. *La Vanguardia española*, 31/8/1960, p. 23.

Al leer estas líneas en *La princesse de Clèves*, la famosa novela de Madame de La Fayette, el director Jean Delannoy pensó en Marina Vlady. La ha hecho, pues, la heroína de su nueva película *La princesse de Clèves*, que también interpretan Jean Marais, Jean François Poron y Annie Ducaux. Jean Delannoy rueda los exteriores en el castillo de Chambord, uno de los más famosos del Loira, donde los héroes de Madame de La Fayette se expresan en un lenguaje muy siglo XVI revisado por Jean Cocteau. **“Ecos y anécdotas”**. *Afán*, 19/9/1960, p. 10.

M. André Maurois continúa dando muestras de fecundidad a los setenta y cuatro años. Este mes de noviembre aparecerá su biografía número trece, la de Madama de Lafayette. [Javier de Aramburu, “Correo de las letras”. *La Voz de España: diario tradicionalista*, 2/11/1960, p. 9.](#)

Las mujeres célebres, de Cleopatra a la reina Fabiola Mesalina, Blanca de Castilla, Mata-Hari, María Antonieta. Agustina de Aragón, Emily Brontë, la reina Victoria, Madame Pompadour, Nefertiti, Juana de Arco, Lucrecia Borgia. George Sand, la duquesa de Alba. Sarah Bernhardt, la Pavlova. María Montessori. Adelina Patti, Mistinguett, Madame de Lafayette, Marie Curie, Jean Harlow, etc., hasta 6000 biografías de mujeres famosas de todos los tiempos y de todas las épocas. [“Las mujeres célebres”. *Destino*, nº 1532, 17/12/1966, p. 56.](#)

Sigui como sigui, el academics Goncourt no han premiat mai res que, ni de molt lluny, pugui comparar-se amb l'únic Premio Nadal que jo he llegit, la novel·la, diguem-ne novel·la, *Siempre en Capilla* de la sabadellenca senyoreta Maria Forrellad. Es tracta, parlant literalment, d'un llibre extraordinari si la novel·la involuntariament comica fos un gènere literari classificat, *Siempre en Capilla* enseria una de les obres mestres. El nom de la senyoreta Maria Forrellad figuraria als manuals d'història literaria de tot el món, a costat dels noms de Madame de Lafayette, George Sand, Emily Brontë, Emilia Pardo Bazán, Selma Lagerlöf, Sigrid Undset, Grazia Deledda. [Eugeni Xammar, “Apoteosi del provincialisme”. *Mirador*, nº 2-3, invierno 1966-1967, p. 30.](#)

Se publicó en 1678 (tres años antes de las *Máximas* de La Rochefoucauld) por Madame de La Fayette, que acometió la novela analítica y psicológica que iba a dar después tanto juego.

Madame de La Fayette nació en París en 1634 y era hija del mariscal de campo de La Vergne. Muy joven, conocía el latín, el hebreo y el italiano. Su madre casó, en segundas nupcias, con Renaud de Sévigné, tío de la famosa Madame de Sévigné, conociéndose así y tratándose mucho. Vivió un ambiente ideal, retirada de la corte por preferir el círculo de unos cuantos amigos interesantes, como La Fontaine y el duque de La Rochefoucauld. Su esposo vivió siempre en el campo mientras ella cultivaba los salones literarios.

Las novelas de Madame de La Fayette están traducidas a todos los idiomas. Fue autora de las siguientes: *La princesa de Montpensier*, *Zaida, historia española*, *La condesa de Tende*, *Historia de Madame Enriqueta de Inglaterra*, *Memorias de la Corte de Francia en los años 1688 y 1689*, y su obra más conocida: *La princesa de Clèves*.

El argumento que tanto ruido armó es la conducta de la virtuosa Princesa de Clèves. La confesión que hace a su marido de la pasión que siente por otro es un hecho que en aquel tiempo se consideraba inaudito, dando lugar a innumerables discusiones. Madame de La Fayette se adelantaba a toda la literatura y al estilo que vinieron después, y supo describir una historia de auténtico y verdadero amor con fina observación y gran elevación moral.

Con *La princesa de Clèves*, Madame de La Fayette entró en el concierto de los nombres inmortales como Racine, Boileau o La Fontaine. **Blanca de Arce “La princesa de Clèves. Novela de antes y de siempre”.** *Madrid, 25/10/1969, p. 15.*

Jean Delannoy acaba de empezar el rodaje de *La princesse de Clèves*, según la novela de Madame de La Fayette. [...]

Los bufones, aparte de la diversión que proporcionaban al rey, estaban autorizados a expresarse con toda libertad y a criticar abiertamente los hechos y gestos de la Corte... Así, por el bufón, sabemos lo que Madame De La Fayette no pudo escribir. **“Una historia de amor, en la corte de Francia de hace cuatrocientos años”.** *Afán, 4/11/1960, p. 10.*

Francia lleva ahora a la pantalla *La Princesa de Clèves*, una de las narraciones más deliciosas de todos los tiempos.

Se publicó en 1678 (tres años antes de las *Máximas* de La Rochefoucauld) por Madame de La Fayette, que acometió la novela analítica y psicológica que iba a dar después tanto juego.

Madame de La Fayette nació en París en 1634 y era hija del mariscal de campo de La Vergne. Muy joven, conocía el latín, el hebreo y el italiano. Su madre casó, en segundas nupcias, con Senaud de Sévigné, tío de la famosa Madame de Sévigné, conociéndose así y tratándose mucho. Vivió un ambiente ideal, retirada de la corte por preferir el círculo de unos cuantos amigos interesantes, como La Fontaine y el duque de La Rochefoucauld. Su esposo vivió siempre en el campo, mientras ella cultivaba los salones literarios.

Las novelas de Madame de La Fayette están traducidas a todos los idiomas. Fue autora de las siguientes: *La Princesa de Montpensier*, *Zaida, historia española*, *La condesa de Tende*, *Historia de Madame Henriqueta de Inglaterra*, *Memorias de la Corte de Francia en los años 1688 y 1689*, y su obra más conocida: *La Princesa de Clèves*.

El argumento que tanto ruido armó es la conducta de la virtuosa Princesa de Clèves. La confesión que hace a su marido de la pasión que siente por otro, es un hecho que siempre se ha considerado inaudito, dando lugar a innumerables discusiones. Madame de La Fayette se adelantaba a toda la literatura y al estilo que vinieron después, y supo describir una historia de auténtico y verdadero amor con fina observación y gran elección moral.

Con *La Princesa de Clèves*, Madame de la Fayette entró en el concierto de los nombres inmortales como Racine, Boileau o La Fontaine. **“La princesa de Clèves, novela de antes y de siempre”.** *Hogar y pueblo*, 18/12/1960, p. 6.

Isabelle es la misteriosa novela de Madame de Lafayette que acaba de encontrar Marc Chadourne en la Biblioteca del Congreso de Washington. *Isabelle* o «el diario amoroso de España» se creyó perdida durante muchos años y acaba de publicarse, por primera vez en nuestros días, en la revista *Marie Claire*. **R. R. “Aires de París”.** *España*, 31/3/1961, p. 3.

Los estrenos de películas francesas se suceden. Últimamente, en la vertiente histórica, Jean Delannoy ha filmado *La princesse de Clèves*, teniendo como protagonistas a Marina Vlady y Jean Marais. Se trata de una adaptación de la célebre novela de Madame de La Fayette. **Joe Bradley, “París en cuatro secuencias”.** *Primer plano*, 14/5/1961, n° 1074, p. 18.

Pero es el estudio de autores y de obras determinados lo que da a *Sobre literatura* el tono dominante. Es así como vemos pasar ante nuestros halagados ojos a John Donne, Racine, Perrault, Madame de Lafayette, Balzac, Kierkegaard, Baudelaire, Dostoievski, Julio Verne, Marcel Proust, Raymond Roussel, Joyce, Ezra Pound, Faulkner, Leiris... **M. Fernández Almagro, “El símbolo y la realidad. Proust, Joyce, Faulkner...”.** *La Vanguardia española*, 17/5/1961, p. 9.

No, todavía no están amarillas, ni tostadas como barquillos, las hojas de los árboles. Aún están verdes, y es ahora en este preludio otoñal, cuando mejor cantan. Recuerdo haber leído que cuando Madame de La Fayette llegó a los Rochers dijo: «Sería tan bonita una hoja que canta...»

Paseo en estos días por los jardines y las calles de Sevilla, en vísperas de un otoño clarísimo. La ciudad se nos muestra como metida en un limpio fanal. Es el cristal claro y limpio del otoño el que la envuelve, con un cántico de hojas. Se oye el trino de las hojas en Sevilla. Pero tal vez, aun las más misteriosas pueden llevarse a pentagrama, si hay primores en el compositor. Yo no sé qué sensación tendría en su alma Madame de La Fayette, cuando habló del canto de las hojas. Porque este no es, ni mucho menos, el que produce el viento al moverlas. Las hojas cantan sin moverse. Tal vez mejor, cuanto más tranquilas están sus ramas, o sus tallos. Y este misterio sonoro se produce cuando el otoño anuncia su llegada. Cuando aún verdean, con melancolía incipiente al saber que pronto caerán al suelo, para ser barridas y pisoteadas. **M. Diez Crespo, “¡Buenos días, otoño!”**. *Amanecer*, 28/9/1961, p. 10.

No, todavía no están amarillas, ni tostadas como barquillos, las hojas de los árboles. Aún están verdes, y es ahora en este preludio otoñal, cuando mejor cantan. Recuerdo haber leído que cuando Madame de La Fayette llegó a los Rochers dijo: «Sería tan bonita una hoja que canta...»

Paseo en estos días por los jardines y las calles de Sevilla, en vísperas de un otoño clarísimo. La ciudad se nos muestra como metida en un limpio fanal. Es el cristal claro y limpio del otoño el que la envuelve, con un cántico de hojas. Se oye el trino de las hojas en Sevilla. Pero tal vez, aun las más misteriosas pueden llevarse a pentagrama, si hay primores en el compositor. Yo no sé qué sensación tendría en su alma Madame de La Fayette, cuando habló del canto de las hojas. Porque este no es, ni mucho menos, el que produce el viento al moverlas. Las hojas cantan sin moverse. Tal vez mejor, cuanto más tranquilas están sus ramas, o sus tallos. Y este misterio sonoro se produce cuando el otoño anuncia su llegada. Cuando aún verdean, con melancolía incipiente al saber que pronto caerán al suelo, para ser barridas y pisoteadas. **M. Diez Crespo, “¡Buenos días, otoño!”**. *La Tarde*, 3/10/1961, p. 6.

Colección «Todo para muchos».

1.-*Rusia, en auto-stop* (3ª edición). Fabio Rocca. (Con ilustraciones). Un italiano nos cuenta su viaje a través de Rusia por un sistema desconocida en el país de los soviets.

2.-*Stalingrado y yo* (5ª edición). Mariscal Von Paulus. El gran drama narrado por su principal protagonista.

3.-*Babbitt*. Sinclair Lewis. Con este libro ganó su autor el Premio Nobel.

4.-*Los secretos del servicio secreto alemán*. Walter Schellenberg. Ocho ediciones en poco más de un año.

5.-*Freud (psicoanálisis sexual)*. Emil Ludwig. Un original estudio sobre el problema de siempre.

6.-El deshielo. Iliá Ehrenburg. Este libro ha marcado «el deshielo» en la URSS.

7.- *La rueda de los ocios*. Camilo José Cela. Tercera edición.

8.- *Un soviético en Europa*. Víctor Nekrasov. Un gran escritor ruso enjuicia Occidente.

9.- *La impura*. Guy des Cars. Lo inconfesable de la señora Chantal.

10.- *El rapto Peugeot*. Ives Trenes. (Con ilustraciones). Lo que no se ha dicho. Un enigma al descubierto.

11.- *Mis mejores páginas*. Pío Baroja. Selección hecha por el propio autor.

12.- *El libro de los misterios*. Gustav Büsches. Los secretos del mundo del espíritu.

13.- *Mis mejores páginas*. Azorín. Selección hecha por el propio autor.

14.- *Dios en un espejo*. Monseñor Oliver Sandbow. Reencuentro con Dios en la era atómica.

15.- *Un hombre acabado*. Giovanni Papini. Una sangrante autobiografía.

16.- *El judío internacional*. Henri Ford. Es la 27ª edición en lengua española.

17.- *El crepúsculo de los filósofos*. Giovanni Papini. Los pensadores que más han influido sobre Occidente y su crítica despiadada.

18.- *Cleopatra*. Emil Ludwig. Biografía de la mujer.

19.- *El libro de las maravillas*. Gustav Büscher. Del universo, del hombre, de la materia, del mundo animal y vegetal, de lo desconocido.

20.- *Orfeo negro*. Violante do Canto. Toda la delicia amorosa que en el film solo se adivina.

21.- *Así opino yo*. François Mauriac. El gran pensador francés se pronuncia sobre los problemas actuales de la vida, la religión y la política.

22.- *Crimen y castigo*. Fedor Dostoievski. Uno de los libros más importantes de la literatura universal.

23.- *Memorias de Fouché*. La pequeña y escandalosa historia de la Revolución francesa y los tiempos del imperio napoleónico.

24.- *Bolívar, el eterno traicionado*. Juan Guasch. Quizá escueza la verdad de este libro, pero es la verdad.

25.- *Sendas equívocas*. Stefan Zweig. Hondos dramas generados por desviaciones en el problema sexual.

26.- *Cuatro*. Emil Ludwig. Lo que sucede cuando al sentimiento amoroso no se le ponen trabas.

27.- *Masculinidad*. Giovanni Papini. El libro de la gran sinceridad.

28.- *La vida cotidiana en el antiguo Egipto*. Pierre Montet. Nadie conoce en verdad el Egipto histórico si no ha leído este libro.

29.- *Vida y viajes de Cristóbal Colón*. Washington Irving. Un norteamericano famoso narra la epopeya española del descubrimiento de América.

30.- *La lucha contra el mundo*. Stefan Zweig. El mundo vive en el error, y quien pretende sacarle de él perece.

31.- *El traidor*. Somerset Maugham. Historia de espionaje. Por primera vez en España.

32.- *El sexo inútil*. Oriana Fallaci. Viaje en torno a la mujer. Seis ediciones en Italia. Tomás Salvador lo enjuicia así: «Es el resultado del viaje de una periodista que da la vuelta al mundo para investigar dentro de cada país la situación de la mujer en la sociedad, su pasado, presente y porvenir. La mujer, o se debate en la Edad Media, como la árabe, o se ha salido por la tangente, como la japonesa. Libro original, lleno de agudezas, excelente reportaje y de agradable lectura.»

33.- *El mito de Roosevelt*. John T. Flynn. La alegre inconsciencia de la política norteamericana, frente a Stalin.

34.- *El villano en su rincón* y *Los melindres de Belisa*. Lope de Vega. Con una biografía completa y estudio crítico sobre el Fénix de los Ingenios. Homenaje en el cuarto centenario de su nacimiento.

35.- *Largo viaje al paraíso*. Alberto Vázquez Figueroa. Una estupenda novela de viajes y exploraciones submarinas por todos los mares históricos.

36.- *Jacqueline Kennedy y la Casa Blanca*. Diana y David Heller. La inmensa fuerza que se esconde en la fragilidad de una mujer hermosa.

37.- *En la ciudad natal*. Viktor Nekrasov. Novela que ha acaparado todos los premios literarios de la URSS.

38.- *Damas*. Raymond Chandler. La «dolce vita» en Norteamérica.

39.- *Wagner*. Emil Ludwig. Psicoanálisis de un genio.

40.- *Kira*. Victor Nekrasov. Una mujer soviética (1961) frente al amor.

41.- *La vida cotidiana en Babilonia y Asiria*. Georges Contenau. La pequeña historia de estas dos grandes naciones, que están en los inicios de la Humanidad civilizada.

42.- *Mi lucha*. Adolfo Hitler. El fenómeno Hitler es un hecho histórico que ni las simpatías ni las antipatías podrán borrar jamás, y de su libro *Mi lucha (Mein Kampf)* puede decirse que ha entrado de lleno en la historia.

43.- *Princesas y concubinas de China*. Bernard Llewellyn. Hermosas mujeres que dominaron cortes imperiales y que en ocasiones llevaron a la ruina a sus dueños.

44.- *Petrogrado (Los estertores de un imperio)*. Andrei Bieli. La sociedad de los zares debatiéndose contra el comunismo que nace.

45.- *Amor y dinero*. Erskine Caldwell. Uno de los más resonantes «best-sellers» en Norteamérica, escrito por uno de los autores más experimentados y «más fundamentalmente norteamericanos».

46.- *España en mi recuerdo (viaje turístico y sentimental)*. Maravilloso viaje turístico y sentimental a través de España, con textos de los mejores autores españoles y con fotografías de Catalá Roca.

En prensa

47.- *Pensadores y farsantes*. Giovanni Papini.

48.- *El jugador*. Fedor Dostoievski.

49.- *Diez obras maestras*. José Castellano. Comprende: *El Satiricón*, Petronio. *La Iliada*, Homero. *Madame Bovary*, Gustave Flaubert. *La divina comedia*, Dante Alighieri. *Cuentos de Canterbury*, Chaucer. *La Celestina*, Fernando de Rojas. *La Princesa de Clèves*, Madame de Lafayette. *Guillermo Tell*, Schiller. *El rojo y el negro*, Stendhal. *Casa de muñecas*, Henrik Ibsen.

50.- *Ana Karenina*. León Tolstoi. Un amor que arrastra al abismo.

“Nunca en ninguna colección se vieron tantos títulos que interesaran a tantos”. *Informaciones*, 9/5/1962, p. 11.

Colocar en cada casilla, sobre la línea de puntos, uno de los literatos que van a continuación y que sea el autor de la obra que ocupa:

Madame de La Fayette, Goldsmith, Dostoiévsky⁶, Platón, Jane Austin, Molière, Stendhal, Swift, Víctor Hugo, Racine, Corneille, Descartes, Voltaire, Plutarco, Virgilio, Goethe, Xenofonte, Rabelais, Rousseau, Eurípides, Hawthorne, Esquilo, Chaucer, Sir Walter Scott. Cova, **“Cada oveja con su pareja”**. *ABC de Madrid*, 7/10/1962, p. 134.

⁶ Los errores ortográficos en algunos nombres de esta lista se han transcrito tal cual.

Al término del rodaje de la película *L'Éternel retour*, Jean Delannoy, Jean Cocteau y Jean Marais decidieron empezar la realización de la más famosa de las novelas de Madame de La Fayette, *La princesa de Clèves*. Sin embargo, por causas diversas, no pudieron dedicarse de lleno a la adaptación definitiva hasta el pasado invierno. Jean Cocteau escribió y Jean Marais aceptó hacer el papel de príncipe de Clèves, cuando hubiese sido el duque de Nemours si la película se hubiese hecho quince años antes. Peral, que también trabajó en *L'Éternel retour*, forma parte, asimismo, del reparto, aun cuando su personaje no figura en la versión de Madame de La Fayette. Pero el bufón que interpreta, tiene no obstante, una autenticidad histórica (fue Enrique II, precisamente, quien introdujo los bufones en la corte). Es la personificación del destino y en él se encierra una especie de caricatura de la corte. Los bufones, aparte de la diversión que proporcionan al rey, estaban autorizados a expresarse con toda libertad y a criticar abiertamente los hechos y gestos de la corte. Así, por el bufón, sabemos lo que Madame de La Fayette no pudo decirnos. **José Sagre, “Gran éxito del film de Germi, *Seducida y abandonada* y *Les parapluies de Cherbourg*. Otras proyecciones”. *El Mundo deportivo*, 16/5/1964, p. 11.**

En esta película todo es fastuoso, radiante y diamantino. Es una cinta clasicista, en el más amplio sentido del vocablo, realizada sobre el argumento de una novela que es también una pieza clásica de la literatura universal. Su realización cinematográfica viene a ser como la réplica al cine espasmódico e inmoralista de las nuevas corrientes. El gran escritor Jean Cocteau, que hizo la adaptación de la novela al cine, ha dicho de esta obra, de Madame de La Fayette, que es «una orgía de pureza», y alguien ha escrito, a nuestro juicio con mayor precisión, que se trata de una emotiva «odisea de la virtud».

En efecto, el drama patético de la joven y bella princesa de Clèves es, por lo que se refiere a su aspecto externo, una historia sentimental. Pero tiene también un trasfondo psicológico y moral de primer orden. Es el drama de una honestidad femenina que se siente desfallecer y busca un punto de apoyo al que asirse. Enamorada de un hombre al que rehuye, la joven princesa busca refugio en su marido, pero la incompreensión y ciertos complejos psicológicos que no tenían nombre en la época de la marquesa de La Fayette, hacen fracasar el buen propósito. La muerte será la solución. **A. Martínez Tomás, “*La princesa de Clèves*”. *La Vanguardia española*, 17/5/1964, p. 51.**

La película franco-italiana *La princesa de Clèves*, estrenada ayer en el cine Rex, tiene el singular atractivo de ser la última obra escrita para el cine por el inolvidable poeta y cineasta Jean Cocteau, que hizo una adaptación fílmica y perfiló unos sugestivos diálogos para la

romántica novela de Madame de La Fayette. **F. B. “La princesa de Clèves”. Amanecer, 23/2/1965, p. 7.**

El refinado gusto y la elegancia de Jean Cocteau dan vuelo poético a la novela de Madame de La Fayette. La historia del trágico amor de la princesa de Clèves y el duque de Namours está envuelta en una delicadeza artística y contada en tan bello lenguaje, que cautiva y produce admiración. Es de nuevo la armoniosa belleza del soneto, la pura melodía romántica sin el más leve desafinar. Cuando el clasicismo halla tan depurada calidad produce todavía obras de arte de singular nobleza. **Alfonso Sánchez, “Crítica de cine”. Informaciones, 3/8/1965, p. 9.**

La Princesa de Clèves en el Palacio de la Música y Barceló.

A los amores célebres, insuflados de romanticismo y que la Historia ofrece como ejemplo, debe añadirse este de la Princesa de Clèves y del duque de Nemours. Amores platónicos entre una mujer casada y un popular cortesano de tiempos de Enrique II, Catalina de Médicis y María Estuardo, personajes reales que son aquí también parte activa en el ambiente de este relato fílmico.

Gustoso Jean Delannoy de estos temas —recordemos *María Antonieta* y *Venus Imperial*—, se ha esmerado en dar plasticidad a lo que en literatura hizo Madame de La Fayette, refiriendo el drama sentimental de aquella mujer del siglo XVI. Ayudado por el lirismo un tanto barroco de Jean Cocteau para la transcripción de imágenes, el director ha sabido animar figuras y hechos con una reconstitución ideal que logra plenamente el clima de la época y del suceso. Eastmancolor y dyaliscopio contribuyen a la vistosidad de escenarios y atavíos, con fondo auténtico de algunos de los más famosos castillos de Francia.

Además de esos méritos de la realización, digna y sutil, libre de ironías o sarcasmos muy frecuentemente utilizados por otros realizadores galos, tiene *La Princesa de Clèves* una certera interpretación; en ella destaca no solo por su fina belleza, realizada entre gorgueras, pedrerías y sombreritos, sino por su perfecta entonación artística, Marina Vlady, incorporando a la heroína. Del mismo modo es destacable el trabajo de Jean Marais, como sufrido Príncipe de Clèves, mientras es menos convincente el trabajo de Jean-François Poron, en el papel del afortunado noble objeto de tan pasional preferencia. **Pedro Rodrigo, “Estrenos”. Madrid, 4/8/1965, p. 12.**

Un libro de amor, una historia de amor con todos sus románticos destellos es *La princesa de Clèves*, de Jean Delannoy, sobre la novela de Madame de La Fayette. **Gabriel García Espina, “La princesa de Clèves”. ABC de Madrid, 5/8/1965, p. 53.**

Tampoco la creación de Richelieu había para entonces, ni para ahora, abierto las puertas de su palacio de las damas, aunque hubiese un Jan d'Orsay dicho en París, que las mujeres debían ser académicas, y un Faguet declarado su convencimiento acerca de la igualdad intelectual del hombre y la mujer, siendo partidario de que se estableciese en toda clase de derechos esa igualdad, incluso en la cuestión de las Academias. Le parecía ridículo que en el siglo XVII hubieran muerto, sin sentarse en los sillones de la Academia francesa, Madame de Sévigné, Madame de Lafayette y Madame de Maintenon. **J. García Mercadal, “La mujer y la academia”. *Madrid*, 28/9/1965, p. 30.**

Basándose en hechos históricos y añadiendo la necesaria fantasía, Jean Cocteau relató para la pantalla la historia de Madame La Fayette, con el título *La princesa de Clèves* realizando con ello un magnífico trabajo guionístico que seguidamente pasara al celuloide en eastmancolor el director Jean Delannoy. **Darol, “Estrenos”. *Arriba España*, 19/10/1965, p. 6.**

Me he refugiado en dos obras excepcionales. *Ambar, por siempre ambar* y *La princesa de Clèves*. Libros escritos los dos por mujeres. *La princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette, viene a morir de amor. De miedo, en realidad, a que el amor que el señor de Nemours siente por ella, desaparezca. Sea, esos solo, fiebre de pasión. **Eugenia Serrano, “Fiebre, querida y necesaria amiga”. *Amanecer*, 6/4/1966, p. 5.**

Me he refugiado en dos obras excepcionales. *Ambar, por siempre ambar* y *La princesa de Clèves*. Libros escritos los dos por mujeres. *La princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette, viene a morir de amor. De miedo, en realidad, a que el amor que el señor de Nemours siente por ella, desaparezca. Sea, esos solo, fiebre de pasión. **Eugenia Serrano, “Fiebre, querida y necesaria amiga”. *Arriba España*, 7/4/1966, p. 8.**

Me he refugiado en dos obras excepcionales. *Ambar, por siempre ambar* y *La princesa de Clèves*. Libros escritos los dos por mujeres. *La princesa de Clèves*, de Madame de Lafayette, viene a morir de amor. De miedo, en realidad, a que el amor que el señor de Nemours siente por ella, desaparezca. Sea, esos solo, fiebre de pasión. **Eugenia Serrano, “Fiebre, querida y necesaria amiga”. *El Pueblo gallego*, 7/4/1966, p. 3.**

De Cleopatra a la Reina Fabiola.

Mesalina. Blanca de Castilla, Mata-Hari, María Antonieta, Agustina de Aragón, Emily Brontë, la reina Victoria, Madame Pompadour, Nefertiti, Juana de Arco, Lucrecia Borgia,

George Sand, la duquesa de Alba, Sarah Bernhardt, la Pavlova, María Montessori, Adelina Patti, Mistinguett, Madame de Lafayette, Marie Curie, Jean Harlow, etc., hasta 6000 biografías de mujeres famosas de todos los tiempos y de todas las épocas. **“Las mujeres célebres. De Cleopatra a la Reina Fabiola”**. *Blanco y negro*, 17/12/1966, p. 116.

De Cleopatra a la Reina Fabiola.

Mesalina. Blanca de Castilla, Mata-Hari, María Antonieta, Agustina de Aragón, Emily Brontë, la reina Victoria, Madame Pompadour, Nefertiti, Juana de Arco, Lucrecia Borgia, George Sand, la duquesa de Alba, Sarah Bernhardt, la Pavlova, María Montessori, Adelina Patti, Mistinguett, Madame de Lafayette, Marie Curie, Jean Harlow, etc., hasta 6000 biografías de mujeres famosas de todos los tiempos y de todas las épocas. **¡Hola!**, 17/12/1966, p. 57.

En literatura fueron numerosas las mujeres de la alta sociedad de los siglos anteriores, desconocidas ahora, que escribieron poesías y novelas. Pero no olvidemos a Madame de Staël, Madame de Lafayette, la comtesse de Ségur y, claro, George Sand. No olvidemos tampoco a las mujeres del siglo XVIII francés, quienes crearon «salones literarios» para favorecer y sostener las Bellas Artes. **Agnès Robling, “El papel de la mujer”**. *Blanco y negro*, 17/6/1967, p. 4.

¡Asombra, Molière! ¡Qué novedad, qué frescura, qué desvergüenza más saludable la de su genio creador! Ha penetrado como un ciclón en la escena del teatro español. *Las mujeres sabias*, es una farsa con reflejos muy actuales. Es una sátira. Es una contradanza social que su pajolero creador inventó en pleno siglo XVII. El público de hoy, ríe. El público de hoy reconoce aún, a los pedantes actuales, entre los que ningún espectador se cuenta. En Madrid, por supuesto, no vive ninguna señora Lafayette, ni ninguna madama Sévigné. Pero si vivieran algunas de estas damas, irían a ver a las pedantes que ellas, en su hondo criterio, odiaban. **M. Diez Crespo, “¡Buenos días, Molière!”**. *El Eco de Canarias*, 22/9/1967, p. 8.

¡Asombra, Molière! ¡Qué novedad, qué frescura, qué desvergüenza más saludable la de su genio creador! Ha penetrado como un ciclón en la escena del teatro español. *Las mujeres sabias*, es una farsa con reflejos muy actuales. Es una sátira. Es una contradanza social que su pajolero creador inventó en pleno siglo XVII. El público de hoy, ríe. El público de hoy reconoce aún, a los pedantes actuales, entre los que ningún espectador se cuenta. En Madrid, por supuesto, no vive ninguna señora Lafayette, ni ninguna madama Sévigné. Pero si vivieran algunas de estas damas, irían a ver a las pedantes que ellas, en su hondo criterio, odiaban. **M. Diez Crespo, “¡Buenos días, Molière!”**. *Amanecer*, 24/9/1967, p. 16.

La novela de análisis, de Madame de La Fayette a Marcel Proust, fue escrita para una clase de desocupados cultivados que tenían tiempo para «desenmarañar los sentimientos». Existía entonces en Francia una tradición de las pasiones, transmitida por Racine, Marivaux, Stendhal, Balzac y los moralistas. En los Estados Unidos, en donde falta esta tradición y los ociosos cultivados son raros, la novela de acción es la única que tiene oportunidad de interesar a un público numeroso. En Francia misma, las masas leen con mayor voluntad *Annapurna* o *El gran circo* que *La educación sentimental*. Ruptura. **André Maurois “Los momentos de ruptura”.** *Madrid, 2/10/1967, p. 29.*

Maurois ha sido un escritor *tópico* para los españoles. En tiempos de dificultades — los lectores también las tuvimos— Maurois estaba en todas las librerías. No ha sido nunca un escritor comprometido ni un detonante exaltador de vanguardismos. La única vez que se permitió criticar algo lo hizo con tanta gracia, con tanto humor, con tanta delicadeza que *Los silencios del coronel Bramble* es desde entonces pieza antológica. Su amplia obra refleja un hacer ordenado y riguroso. Fue maestro en la biografía —prefiero, sobre todas, la de Madame de La Fayette—, en la novela —admiro *El instinto de la felicidad* que para mi gusto es una de las más perfectas narraciones de nuestro tiempo, porque hay una textura formal impecable que sirve de cauce a una historia de sencilla motivación—, en la recreación del pasado. Así, sus tres Historias, la de Francia, la de Inglaterra y la de los Estados Unidos, constituyen una de las lecturas más sugestivas, clarificadoras y sorprendentes, porque, por vez primera, la Historia es desmontada de los tradicionales resortes y se le abre —sin mengua del rigor— una ventana liberal y humanísima. **Ramón Bello Bañón, “La obra acabada”.** *La Voz de Albacete, 13/10/1967, p. 3.*

Robbe-Grillet, en su mensaje, saludaba con alborozo la definitiva desaparición del «sacrosanto análisis sociológico» y de los «sempiternos conflictos pasionales». Los viejos moldes de la novela romántico-naturalista ya no podían satisfacer los anhelos del hombre actual, integrado en el engranaje de una civilización tecnológica. Los mitos de la «profundidad interior y del viaje a los infiernos del alma» habían sido explotados en la plenitud de sus posibilidades significativas por Madame La Fayette, Balzac y Dostoievsky. El esencialismo, tanto físico como síquico, había agotado sus disponibilidades literarias. «Lo real artístico» había dejado de existir en el mundo de lo fenoménico. De ahora en adelante, «lo real artístico» había que hacerlo, había que crearlo. «Lo que va a seguir, línea por línea, en el curso de esta jornada —escribía Robbe-Grillet en la presentación de su primera obra—, en el fondo no es más que “la creación de lo real”, lo que no se consigue sin algunos accidentes (retrocesos,

desfases, oscilaciones, curvaturas) y en más de una ocasión se malogra en el halo, tan corriente, de las ficciones y los mitos, siempre a punto de corporeizarse.» **Joaquín Arbeola, “Una semana un libro. *La casa de Hong-Kong*”. *El Pensamiento navarro*, 18/2/1968, p. 3.**

Organizado por la Sociedad de Estudios y Publicaciones, ha comenzado en el salón de actos de Arapiles, un curso de conferencias de Xavier Zubiri sobre «El hombre y el problema de Dios». Las conferencias de Zubiri tienen el mismo clima de expectación que tenían las de don José Ortega y Gasset. Y en cuanto al público, tienen también la misma semejanza. Los oyentes de Zubiri, como los de Ortega, pueden dividirse en dos grupos: el de los iniciados que pueden seguir el curso con interés y profundidad, y el de los que solo van para que se les vea, o para presumir de «sabios». Dentro de este segundo grupo hay gran número de damas de la sociedad madrileña El «caso» no es imputable a la vida actual. El «snobismo» es de todos los tiempos. En la Italia del Renacimiento esto ocurría en el mundo cultural escénico y artístico todos los días. En la Francia del siglo XVII fueron famosas por su «snobismo» cultural, la duquesa de Rambouillet, la señora Lafayette, y la archifamosa señora de Sévigné, enamoradas de Descartes, apasionadas de la filosofía de San Agustín, y de las obras clásicas. Eran las damas del «Gabinete Azul», que el finísimo observador Molière puso en solfa en *Las preciosas ridículas*, y después en *Las mujeres sabias*. Sin embargo, no vemos nosotros a este auditorio con los ojos molierescos. El número de iniciados en temas de filosofía o de cualquier ciencia, es muy escaso. Y la presencia del «snob» en estos acontecimientos, puede ser más saludable que el desprecio. Con oyentes respetuosos y de buena fe —aunque la fe de las «preciosas» sea la del carbonero— se puede lograr un clima de propagación necesario para la cultura siempre en trance de ser apedreada por otras frivolidades más nocivas. **M. Diez-Crespo, “Zubiri: el hombre y el problema de Dios”. *El Eco de Canarias*, 8/3/1968, p. 6.**

Organizado por la Sociedad de Estudios y Publicaciones, ha comenzado en el salón de actos de Arapiles, un curso de conferencias de Xavier Zubiri sobre «El hombre y el problema de Dios». Las conferencias de Zubiri tienen el mismo clima de expectación que tenían las de don José Ortega y Gasset. Y en cuanto al público, tienen también la misma semejanza. Los oyentes de Zubiri, como los de Ortega, pueden dividirse en dos grupos: el de los iniciados que pueden seguir el curso con interés y profundidad, y el de los que solo van para que se les vea, o para presumir de «sabios». Dentro de este segundo grupo hay gran número de damas de la sociedad madrileña El «caso» no es imputable a la vida actual. El

«snobismo» es de todos los tiempos. En la Italia del Renacimiento esto ocurría en el mundo cultural escénico y artístico todos los días. En la Francia del siglo XVII fueron famosas por su «snobismo» cultural, la duquesa de Rambouillet, la señora Lafayette, y la archifamosa señora de Sévigné, enamoradas de Descartes, apasionadas de la filosofía de San Agustín, y de las obras clásicas. Eran las damas del «Gabinete Azul», que el finísimo observador Molière puso en solfa en *Las preciosas ridículas*, y después en *Las mujeres sabias*. Sin embargo, no vemos nosotros a este auditorio con los ojos molierescos. El número de iniciados en temas de filosofía o de cualquier ciencia, es muy escaso. Y la presencia del «snob» en estos acontecimientos, puede ser más saludable que el desprecio. Con oyentes respetuosos y de buena fe —aunque la fe de las «preciosas» sea la del carbonero— se puede lograr un clima de propagación necesario para la cultura siempre en trance de ser apedreada por otras frivolidades más nocivas. **M. Diez-Crespo, “Zubiri: el hombre y el problema de Dios”. *La Voz de Almería*, 8/3/1968, p. 9.**

La corte de Luis XIV, llamado el Rey Sol, era, en su tiempo, la más esplendorosa de Europa. Los grandes e iluminados salones se abrían para reuniones y bailes, en los que se fraguaban intrigas amorosas o bien se discutían asuntos literarios, religiosos o morales. No olvidemos que el siglo XVII francés es el siglo del racionalismo, de los primeros análisis, de los primeros estudios sociológicos. Tal vez esta actitud significara en los espíritus más nobles una reacción ante la hipocresía que reinaba en todas partes. La duda es el aguijón; el objetivo, la verdad —decía Descartes.

Fueron famosos en esta época los salones de Madame de la Sablé, de Madame de Sévigné, de Madame de Rambouillet. Los espíritus más elevados y las damas más hermosas se afanaban por distinguirse, los unos cuidando sus gestos y palabras, las otras poniendo de relieve su belleza. Sentimientos y amores ocultos, grandes pasiones se manifestaban en frases que sugerían algo o estaban dotadas de un particular doble sentido.

La corte ofrece encantadores peligros y así como se baila la contradanza o danza encontrada, en giros e inclinaciones suaves y elegantes, también una música más poderosa puede arrastrar a la tragedia a cualquier espíritu endeble que no sepa resistir los embates de la pasión.

Entre la alta nobleza existe la curiosa costumbre de poner renombres o mote a las personas familiarmente asiduas. Así, a Madame Scarron la llaman «Deshielo» y a monsieur Colbert «El Norte»; a una joven e inteligente viuda, un tanto pensativa, la «Bruma».

—Cuando la bruma se disipa, suelen aparecer encantadores horizontes —diría Sainte-Beuve, refiriéndose a ella. Esta misteriosa viuda es íntima amiga de Madame de

Sévigné, cuñada del rey, y goza de gran prestigio en la corte. Sin ser realmente bella, posee una delicadeza y un talento fuera de los comunes. Aunque procede de una familia de nobleza media —es hija del Gobernador de El Havre—, su matrimonio con el conde de La Fayette la ha hecho rica y poderosa, y su amistad con las altas figuras de la corte la rodean de ciertos privilegios. Madame de Sévigné, cariñosamente, la incita a escribir.

—Vos escribís bien —le dice—; escribid y yo os diré cosas interesantes.

Estas «cosas interesantes» resumen el espíritu de la época y también la esencia del espíritu francés. Madame de La Fayette así lo hace, aunque, con el temor de aludir directamente a una existencia real o de descubrir alguno de los tantos escándalos amorosos, procura decirlo todo de una manera suave y a la vez velada. Entonces, aún estando segura de un sentimiento o de un hecho, escribe la palabra «quizá»; va creando, poco a poco, esa atmósfera alusiva que nos va revelando las cosas y que constituye uno de los encantos literarios de la novela.

Madame de La Fayette es la «Bruma». En sus adentros odia la hipocresía, los enredos galantes de la corte, en los cuales lucha por no verse envuelta. «Temo como a la muerte —dice en una carta a la señora de la Sablé— el que la gente de su edad crea que tengo secretos galanteos.» Teme también los bestos excesivamente corteses que solo esconden, la mayor parte de las veces, la alevosía y la calumnia. Cuando los caballeros expresan un halago, no lo hacen más que pensando en el provecho que pueden obtener de él.

Algunas frases de la viuda Madame de La Fayette son originales, otras francamente admirables. Como esta, que dice en una reunión:

—El que se coloca por encima de sus semejantes, por mucho talento que tenga, queda por debajo de su talento.

Sus palabras causan impacto. Un hombre de unos cincuenta años, de aspecto grave y carácter un tanto agrío, queda asombrado ante la inteligente dama. Este hombre es La Rochefoucauld. Se acerca a ella, la saluda respetuosamente y se inicia entre ellos una larga conversación.

La amistad de Madame de La Fayette y el marqués de La Rochefoucauld, también viudo, durará toda la vida. Más tarde, esta amistad irá derivando hacia el amor («un sentimiento tierno», dicen los cronistas de la época). **Rafael Azuar, “Grandes escritoras: Madame de La Fayette”. *Primera página*, 26/4/1968, p. 19.**

A la corte de Enrique II de Francia, allá por el año 1550, llega una muchacha de extraordinaria belleza. La acompaña su madre, quien se ha preocupado de dar a su bella hija

una educación adecuada a la vida noble y elegante que le espera. La belleza, la elegancia, la discreción de la muchacha producen un inmediato efecto.

El príncipe de Clèves, caballero rico y apuesto, se enamora y la pide en matrimonio. La muchacha, que sabe muy bien que ha llegado a la corte para que alguien la pidiera en matrimonio, acepta al señor de Clèves, porque de todos los que pretenden casarse con ella, él es quien menos le repugna. Siente hacia él un respeto que le permitirá vivir a su lado una vida de representación noble para la que ha sido educada. Todo tendría que transcurrir tal como ha sido planeado en la vida de la princesa de Clèves, que tiene todo lo que se necesita para vivir plenamente y feliz, en la sociedad que la rodea: prestigio, nobleza, riqueza, educación. Pero se introduce en su vida un elemento en el que su educación no había pensado: el amor.

En las grandes fiestas de los esponsales reales, la princesa de Clèves baila con el duque de Nemours. El duque de Nemours es también de una rara perfección. Entre los dos se establece una corriente de emoción que no pueden dominar. La única que se ha dado cuenta de ello es la señora de Chartres, quien comprende inmediatamente la fuerza de esta emoción despertada, y muere, no sin dar a su hija sabios consejos para que se libre de esta pasión que la acecha. Le recuerda antes de morir sus deberes y, sobre todo, su dignidad.

La princesa sabe muy bien cuál es su deber, pero una fuerza contraria a su razón la perturba. Por su lado el señor de Nemours, a pesar de todos los esfuerzos, deja aparecer la pasión que le atormenta. Un día ella se da cuenta que el duque de Nemours ha robado un retrato suyo. Poco más tarde, en un torneo, el duque de Nemours resulta herido; la princesa no puede dominar su emoción. A partir de este momento algo así como una complicidad se establece entre estos dos seres que no piensan, ni en un solo momento, confesarse el amor que les atrae el uno hacia el otro.

No sucede nada, nadie parece haberse dado cuenta, pero a pesar de la delicada discreción que domina en sus relaciones, puramente mundanas, la princesa siente por primera vez en su vida, remordimientos. Ella sabe muy bien que lo que desea no tiene nada que ver con el papel que está representando. Cada vez más, desea alejarse de la vida de la corte que la obliga a vivir aquel papel y, sobre todo, le repugna fingir ante su esposo, persona a la que admira y respeta.

Consigue irse con su marido a la finca y una vez allí paseando por el jardín, en un alarde de sinceridad, explica a su marido, quien no puede ni siquiera sospechar la existencia de este sentimiento, el amor que siente hacia el duque de Nemours. El azar quiere que el duque, que ha seguido los pasos de su enamorada, pueda escuchar esta declaración de amor.

Orgullosa de su virtud, la princesa de Clèves pide a su marido que la deje vivir retirada en su finca de Coulumiers. Muy a pesar suyo el príncipe cede. Pero descubre, al cabo de poco tiempo, la presencia del duque de Nemours por aquellas tierras. Creyendo que su mujer le ha engañado, el príncipe de Clèves muere de dolor.

Desesperada por todo el mal que ha causado, la princesa accede a una entrevista con el duque. Le confiesa su amor pero se niega a verlo ni siquiera una vez más y acaba su vida en un retiro absoluto. Con ello conserva el respeto a su marido y el amor queda insatisfecho y así permanece fiel a un ideal de pureza.

La princesa de Clèves ha logrado la infelicidad de todos: la suya, la de su marido y la del duque de Nemours.

La princesa de Clèves - Madame de Lafayette. **María Aurelia Capmany, “La señorita de Chartres”.** *Diario femenino*, 1/1/1969, p. 4.

Desde otras lenguas nos llegan, además del consabido Platón, el primer tomo de maestros franceses, con amplias introducciones de María del Pilar Palomo y obras de Rabelais, la señorita de Scudéry, el poeta Scarron y Madame de La Fayette; los *Ensayos* completos de Montaigne, en tres tomos; el *Heptamerón* de la reina Margarita de Navarra; unas *Obras* de Voltaire, en edición del profesor Carlos Pujol; la *Vida y poesía de Li Po*, un poeta chino del siglo VIII, en finísima traducción de Marià Manent; *L’eterna marit*, de Dostoievski, en versión directa del ruso, etcétera. **“Clásicos, antologías, obras completas”.** *La Vanguardia española*, 23/4/1969, p. 27.

En Inglaterra se funda la novela moderna. [...] En Francia, mientras tanto, la narrativa se reparte entre los dos polos que se llaman el abate de Prévost y Madame de Lafayette. Del primero quedará en la Historia, entre millares de páginas olvidables, la pasión incandescente de Manon Lescaut y el caballero Des Grieux. De la segunda otro amor prerromántico, el de la tierna historia de la princesa de Clèves. **Rafael Conte, “Choderlos de laclos y la novela galante del siglo XVIII. Apuntes para una teoría de la narrativa prerrevolucionaria”.** *Informaciones*, 4/9/1969, nº especial 1, p. 3.

Sin embargo —añade Atala Valenzuela— la mujer puede ser magnífica periodista. El libro que escribió Madame Lafayette, titulado *La princesa de Clèves*, no es otra cosa que un fino reportaje de la corte de su tiempo. **Carmen Deben, “En Brasil, durante años y años, el hombre ha sido el dueño de la prensa”.** *Diario femenino*, 24/9/1969, p. 9.

Pose que en *El diablo en el cuerpo* se mantiene con mucha gracia, creando una ilusión de verdadera originalidad que se ve favorecida por el hecho de que el personaje le va como un guante, hasta el punto de que posiblemente tuvo su origen en una experiencia personal muy similar, si hemos de dar crédito a las revelaciones que Gilbert Ganne hizo en noviembre de 1953 en la revista *Arts*, y que atribuyen a la obra un carácter estrictamente autobiográfico. Pero la verificación del caso Radiguet estaba en su segunda novela, y en ella se comprobó que el tener que situarse en otro terreno caía en el *pastiche* más estudiado y artificioso de una novela clásica, *La princesa de Clèves*, de Madame de La Fayette. **Carlos Pujol, “El diablo en el cuerpo”. *La Vanguardia española*, 18/3/1971, p. 49.**

La princesa de Clèves, de Madame de La Fayette, número 98. Es decir, la colección de la Biblioteca básica de RTV está a punto de terminar, pues conocido era que iba a componerse de cien volúmenes. Sin embargo no es así o no es enteramente así, pues se abren ahora nuevas perspectivas «tipo americano», de eminente «sociedad de consumo». **Plaza del Castillo, *Arriba España*, 4/4/1971, p. 2.**

Pero, en la época en que escribían Esquilo y Shakespeare, Racine o Madame de Lafayette, las prohibiciones eran reales y separaban efectiva, irremediablemente, a los hombres y mujeres a los que las conveniencias de su tiempo no habían destinado al uno para el otro. **Françoise, “¿Vuelta al romanticismo?”. *El Noticiero de Cartagena*, 13/4/1971, p. 6.**

Esta vez son ocho las biografías que contiene el volumen de la serie *Las Inmortales*. La primera es la Emperatriz Irene, natural de Atenas, convertida en basilisa, junto a su marido León VI, el año 775. Viuda cinco años después, regente en consecuencia, rodeada de eunucos, a uno de los cuales, Staurakios, elevó a primer ministro, su sueño fue restablecer la autoridad de Bizancio sobre la de Roma. Casta, demagógica y excelente administradora, sucumbe ante las conjuras y da paso a Nicéforo. Luego viene Isabel la Católica. Cuando es proclamada reina, solo están en la plaza de Segovia «algunos caballeros y el pueblo de menestrales y pequeños labradores» (Lozoya). Isabel del Este, marquesa de Mantua, fue reina, sobre todo, por el arte y la elegancia. En 1523 fundó una fábrica de terciopelo, rasos y damascos. Isolda, nacida poco después del año 1000, hija del rey Gordmond, era una belleza perfecta. Tantris, le enseñó poesía y a tocar el arpa. Tantris era Tristán. La tragedia de Tristán e Isolda es una de las más bellas de cualquier tiempo. Angélica Kauffman, suiza, nacida en 1741, llegó a ser pintora áulica. Lectora de clásicos, viajera por Alemania, Italia e Inglaterra, Goethe la admiró por su cultura y la amó platónicamente. Madame La Fayette es mujer

relevante del siglo XVII. Autora de *La princesa de Clèves*, que algunos consideran la primera novela psicológica en el orden cronológico, tuvo relaciones con La Rochefoucauld. El duque no escribió al alimón con ella, pero sus enseñanzas de profundo psicólogo influyeron en los análisis del alma humana. Laura, envuelta en cendales de misterio, amada po y cantada por Petrarca, es la mujer enigmática, por ahora no identificada. Hay lo menos diez Lauras, según otras tantas hipótesis. Pero una sola, la que Petrarca adoró, ha bastado para inspirar versos inmortales. Madame de La Vallière, favorita de Luis XIV, amaba al rey, pero no las riquezas ni los honores. Su voz, sus cabellos y su mirada tenían hechizos irresistibles. Sufrió lo indecible cuando el monarca la abandonó al enamorarse de la Montespan. Expió sus pecados en un convento. Al entrar en el claustro contaba treinta años. Treinta y seis permaneció con el hábito carmelitano, haciendo duras penitencias. Xiomara y Manuel Mourelle-Lema han traducido con gusto y pericia este encantador volumen, tan rico en ilustraciones sugestivas como todos sus hermanos. **“Libros. Las Inmortales (vol. 8)”. Blanco y negro, 22/4/1972, p. 8.**

En algunos de los barrios neoyorquinos de Bronx o de Brooklyn, se encuentran cientos de boticas —comercios satánicos, farmacias luciferinas— dedicadas exclusivamente a la venta mágica de ruda, raíces de mandrágora, verbena, sangre de murciélago, amuletos, piedras de bezoar, escapularios con maleficios, unto de víboras... En una de sus epístolas, comunica Madame Sévigné: «Madame de Lafayette toma caldo de víboras lo cual favorece mucho su vista...». Bueno, con hiel de salmón curó Tobías a su padre la blancura de los ojos; y entonces volvió a contemplar las madrugadas que según Stefan Zweig, en los más bello que existe. **Carlos García Bayón, “El diablo made in 1973. Disfrazado de viento sur...”. La Vanguardia española, 10/2/1973, p. 13.**

Son los mismos moros de nuestro Romancero o de las comedias de Lope los de la *Fiesta de toros* de Moratín; los de las novelas de mademoiselle de Scudéry y de Madame de Lafayette, los del caballero Florián en su *Gonzalo de Córdoba*, los de Washington Irving y los de Martínez de la Rosa. **Pedro Rocamora, “La novela morisca de tema granadino, de Luis Morales Oliver”. ABC de Madrid, 8/3/1973, p. 67.**

Considerada como la más bella de las hermanas Mancini, a Hortensia «no le faltaba sino la inteligencia», según el cáustico comentario de Madame de La Fayette. **Juan Balansó, “Las hermanas Mancini, «servidoras» del Rey Sol”. ABC de Madrid, 22/4/1973, p. 134.**

Este mes, en Las Inmortales, Isabel de Castilla, la reina de la Nueva España. Además, en Las Inmortales de este mes, ud. encontrará otras siete vidas femeninas. [...] Madame de La Fayette: Tenía miedo al amor y escribió la primera novela amorosa moderna. **ABC de Madrid, 8/5/1973, p. 12.**

Este mes, en Las Inmortales, Isabel de Castilla, la reina de la Nueva España. Además, en Las Inmortales de este mes, ud. encontrará otras siete vidas femeninas. [...] Madame de La Fayette: Tenía miedo al amor y escribió la primera novela amorosa moderna. **ABC de Madrid, 20/5/1973, p. 162.**

Este mes, en Las Inmortales, Isabel de Castilla, la reina de la Nueva España. Además, en Las Inmortales de este mes, ud. encontrará otras siete vidas femeninas. [...] Madame de La Fayette: Tenía miedo al amor y escribió la primera novela amorosa moderna. **ABC de Madrid, 27/5/1973, p. 162.**

Gozó la personalidad literaria de Madame de Sévigné en los diversos sectores sociales, de la más alta consideración en el decurso de los años, y su notoriedad ha llegado hasta nuestros días. El célebre político Jorge Clemenceau la elogia en una de sus obras — quiero recordar en *La mêlée sociale*—. Y Santa Teresa del Niño Jesús, la compatrona de Francia, ponderando a una de sus hermanas su satisfacción por recibir su carta, le aseguraba: «Aunque hubiese recibido carta de Madame de Sévigné, no estaría tan ufana y contenta.» Madame de La Fayette hizo de ella este elogio que recogen todos sus panegiristas: «Vuestra alma es grande, noble, propicia para derramar tesoros; la alegría es el estado verdadero de vuestro espíritu.» Adalid de la moral cristiana, su carácter religioso y resignado aumentó con los años, y selló con edificante muerte su limpia y clara vida. **Santiago Montoto, “Madame de Sévigné”. ABC de Sevilla, 1/11/1973, p. 47.**

En la trepidación de los «años locos», entre las explosiones intelectuales y estupefacientes de la posguerra, cuando se juega a desconcertar y el arte alumbrá senderos de escombros y de derribo. Radiguet siente la lanzada suavizante del clasicismo. No es solo Madame de La Fayette o las perseverancias epistolares y peliagudas de Laclos —artillero en el campo de batalla, tanto como ante los bastiones y recovecos del espíritu y sus pasiones—, sino en la nostalgia vivificante de Pedro de Ronsard, con sus guirnaldas de «corte de amor» y sus delicadezas de caballero enamorado. Si *El diablo en el cuerpo* es una novela de acentos tradicionales, aunque filtrada por taludes de resabida crueldad, en *El baile del Conde de Orgel* se

percibe claramente la matizada sombra de Marcelo Proust. **José María Alfaro, “R. y C.”** *ABC de Madrid*, 29/12/1973, p. 3.

En la trepidación de los «años locos», entre las explosiones intelectuales y estupefacientes de la posguerra, cuando se juega a desconcertar y el arte alumbrando senderos de escombros y de derribo. Radiguet siente la lanzada suavizante del clasicismo. No es solo Madame de La Fayette o las perseverancias epistolares y peliagudas de Laclos —artillero en el campo de batalla, tanto como ante los bastiones y recovecos del espíritu y sus pasiones—, sino en la nostalgia vivificante de Pedro de Ronsard, con sus guirnaldas de «corte de amor» y sus delicadezas de caballero enamorado. Si *El diablo en el cuerpo* es una novela de acentos tradicionales, aunque filtrada por taludes de resabida crueldad, en *El baile del Conde de Orgel* se percibe claramente la matizada sombra de Marcelo Proust. **José María Alfaro, “Radiguet y Cocteau”.** *ABC de Sevilla*, 29/12/1973, p. 3.

Dice el académico Pierre Gaxotte, al prologar el álbum de grabados de Ilse Voigt, y recordando lo que decía Madame de Lafayette del duque de Nemours, que Nureyev constituye en sí mismo una obra de arte de la naturaleza. **Carlos Manzanares, “Ilse Voigt y Nureyev”.** *ABC de Madrid*, 10/1/1974, p. 11.

Sobre la doctora Palomo Vázquez: «Ha publicado una amplia introducción y comentarios a las poesías de Antonio Machado, así como otros estudios en la revista *Prohemio*, *Monteagudo*, estando actualmente en prensa varias monografías y ediciones como son *La novela francesa de Chrétien de Troyes a Madame de Lafayette*; *Poesía española del siglo XVII. Estudio y antología*, y otros.» **“La doctora Palomo Vázquez y el doctor Marín Girón, decanos de las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias”.** *Ideal*, 4/12/1974, p. 3.